

Manuel Arguello Mora

1899

## Los Bienaventurados

Don Nicasio Barrigas es el hombre más feliz de San José. Letrado de pocas letras, abogado que jamás ha dirigido ni abogado por nadie, y jurisconsulto que no acostumbra consultar más que consigo mismo, ha logrado sin embargo ocupar los más altos puestos en los tribunales de justicia. Por supuesto que don Nicasio piensa que él debe á su mérito esos empleos, y se moriría de risa si alguien le dijera la verdad, y es que esos destinos los debe á los ruegos, súplicas é intrigas de su familia, para proporcionarle recursos y evitar que sea una carga para ellos.

En lo físico, don Nicasio es robusto, bien torneado y su cutis es lustroso y brillante, como sucede á los santos de madera de nuestras iglesias. Todos sus gestos y movimientos revelan al hombre satisfecho de sí mismo, pues se le ha metido en la chaveta que es docto é.



instruído, que habla como un Castelar, y que es respetado y estimado por todo el que lo conoce. En vano los hechos se empeñan en demostrarle lo contrario; es decir, que es ridículo y nulo; tiempo perdido, por que la convicción en que está de su alto valer es tan antigua y profunda, que sólo con la vida la perderá.

Y, como todo en este mundo, tiene alguna cosa buena, don Nicasio es una nulidad inofensiva. No conoce el odio, porque cree que todos le hacen justicia, y su constitución es tan refractaria á la verdad, que el que se propusiera convencerlo de su ningún valer, saldría chasqueado y gastaría su pólvora en salvas.

Don Nicasio Barrigas tiene todas las buenas cualidades inherentes á sus defectos. Así es, que su presumida persona no es envidiosa ni cosa parecida, por que para sentir envidia hay que reconocer que alguien es superior al envidioso, y don Nicasio no conoce persona alguna que le sea comparable, y menos aún, superior.

Otra manía que es común á todas las nulidades y que don Nicasio posee en grado superlativo, es el respeto por ejecutar con programa hasta los hechos más insignificantes. Veamos si me hago comprender. El tipo que hoy describimos no se perdonaría la infracción al reglamento de su existencia diaria, que, poco más ó menos se

reduce á hacer todos los días, á la misma hora, la misma cosa. Don Nicasio tose cada tres horas, escupe cada media hora, se sueva, tenga ó no motivo, al levantarse y al acostarse. Al entrar á su casa, coloca el sombrero en su lugar, toma el gorro de terciopelo bordado con hilo de oro, se mira al espejo, se pasea á lo largo de su cuarto y descansa en la misma silla, jamás en otra; luego cruza una pierna sobre la otra, y silenciosamente medita en la bondad del Ser Supremo, á quien él debe la tan conspicua y perfecta posición que ocupa en la sociedad. Momentos después toma un libro, lo abre y se figura que está leyéndolo; pero que en realidad no ha leído por que el sueño lo ha dominado. Eso dura á lo más un cuarto de hora, pasado el cual, don Nicasio sale y se mantiene inmóvil en la puerta de su casa. ¿Que hace allí, y porqué le es tan grato ese momento? Por que los pasantes lo saludan respetuosamente y lo confirman en la alta idea que tiene de su personalidad. Si alguien pasa sin saludarlo, excita la compasión de don Nicasio por que de seguro que aquel pasante tiene corta vista y no distingue una persona á diez pasos.

Ahora bien, discreto lector, con franqueza decidme que preferirías; si encarnar una estampa como la de don Nicasio, siendo como él

es, feliz y satisfecho de su suerte, ó animar uno de esos cuerpos cuyo cerebro destella talento é inteligencia, pero que no están seguros de nada, ni aún de su propio mérito y que pasan la vida contemplando, no lo que tienen, sino lo que les falta?

Ya se lector lo que me contestaréis, y es que nadie en este mundo está dispuesto á cambiar los tormentos de la inteligencia por el placer y bienestar de los tontos.

# Misterio

ESCENAS DE LA VIDA EN COSTA RICA

## CAPÍTULO I

### El señor Rakosky

La casa n.º 109 de la calle del Comercio presentaba, el día que comienza esta verídica historia el aspecto de un Castillo incendiándose, tal era el número de luces que iluminaban sus salones y de farolillos su portada y puerta exterior.

Los criados vestidos de gala entraban y salían y la concurrencia era tal, que no había donde colocar una silla más en los corredores y piezas destinados al ambigú, á la música y al refresco.

El motivo de tal fiesta era notorio en San José. Se trataba de la llegada á esta ciudad de la señorita Delfina Rosales, hija única del rico comerciante don Jorge Rosales y de la aristo-

crática matrona doña Elvira Río-Seco. Hacía seis años que don Jorge había llevado á París á su ídolo, para que concluyera su educación. La dejó en la pensión de Mademoiselle Roqueval, contando la niña apenas once años. Bonita, de espigado talle y de no mediana inteligencia, pronto se distinguió Delfina entre sus condiscípulas.

En el baile, la música, la pintura y el bordado, no tenía rivales.

Cumplidos diecisiete años, don Jorge la sacó de la pensión y la hizo viajar por Italia, España, Austria y Suiza, y la trajo á su país natal, seguida de veinte grandes cajas ó cofres atestados de trajes, sombreros, libros y demás objetos de lujo y placer que podían hacerla brillar en esta Capital.

La fiesta de recepci3n, que consistía en una comida á sus amigos dada por don Jorge y un baile á la sociedad josefina, fué una verdadera ovación á Delfina. En efecto, vestida á la última moda, impregnada de la gracia parisiense y hablando muy bien el inglés y el francés, la reina de la fiesta debía atraer todas las miradas y atenciones.

Entre los concurrentes se hacía notar por su apostura y originalidad, un Polonés que había venido en el mismo vapor con el señor y la señorita Rosales. Con un ojo más alto que el

otro, una pequeña cicatriz en el labio superior y una melena á lo Mirabeau, nuestro viajero parecía un Hércules. Con respecto á su persona todo se ignoraba: sus trabajos, sus antecedentes y hasta el objeto que lo había traído á América. Callado como un inglés y triste como un árabe, desde que vió á Delfina debió sentir por ella una vehemente simpatía, pero que no se manifestaba ni en sus palabras ni en sus gestos. El señor Rakoski (Lorenzo) era la sombra de Delfina, y apenas abría ésta su linda boca expresando un deseo posible ó imposible, salía don Lorenzo silencioso, pero á paso de carga, á obsequiar á la *Picolina*. En efecto, desde el primer día que le fué presentada Delfina por el Capitán del vapor, la bautizó con el nombre de *Picolina*, por más que ésta y su padre insistiesen en llamarlo al orden con respecto al verdadero nombre de la dueña de su voluntad. En Panamá manifestó la *Picolina* deseos de obtener un pájaro de colores raros y de canto desconocido y lleno de dulzura y suavidad que vió en un balcón. El Polonés entró á la casa de cuyo balcón colgaba la jaula del pájaro. Se le dijo que la avecilla no estaba de venta, que era un regalo de un amigo, y mil otras razones. Pero Rakoski abrió una cartera atestada de billetes de banco, y con la seriedad que le era peculiar sacó un billete de cien pesos y lo ofreció á la dueña del pá-

jaro. Rehusó ésta, y don Lorenzo tomó cuatro billetes más y los puso en las manos de la dichosa poseedora de aquel nuevo *Fénix*. Titubeó ésta, y siempre sin proferir una palabra, completó aquel los mil pesos. Eso era ya tentar/un Santo, así es que la señora descolgó la jaula y la entregó al silencioso Creso. Con el mismo mutismo llevó la jaula al Gran Hotel y la dejó sobre una mesa del salón. Delfina encontró su capricho satisfecho, pero le fué imposible saber á quien debía aquel regio regalo, porque Rakoski no contestaba á sus preguntas, contentándose con pronunciar estas dos palabras: «pájaro de Picolina.»

¿Era amor lo que sentía don Lorenzo por la *Picolina*? El tiempo nos lo dirá, pues por lo que hace á saberlo de boca del polonés, sería empresa romana.

Su mismo criado Puk, negro de la Nubia, no sabía del polonés otra cosa sino que era muy rico, que había viajado mucho y que el Gobernador del Cairo, lugar donde el negro fué enganchado como sirviente, lo respetaba como á un Sultán.

Rakoski no tenía edad conocida, ni era posible calcularla, pues á veces parecía un hombre de treinta años y algunos días se le podían calcular cincuenta por lo menos.

Alojado en el Hotel de Vigne, en donde

Hotel de Vigne  
Cairo

Francis



ocupaba tres cuartos, jamás dirigió la palabra á sus compañeros de mesa, lo cual no era extraño en su carácter, y menos si se tiene en cuenta que rara vez bajaba al comedor, prefiriendo por lo común, comer sólo en el saloncito.

Puk, contestaba á los curiosos con esta frase invariable, «señor amo, mucho bravo, mucho rico y mucho fumar cigarros.»

## II

La noche de la fiesta de que nos ocupamos, llamaba también la atención otro personaje extraordinario, pero no desconocido en la sociedad. Todo lo contrario, era Julio Espinosa el más arrogante joven de San José, simpático, valiente y liberal: era imposible conocerlo sin admirarlo. A lo dicho debe agregarse que había recibido una educación perfecta y heredado un cuantioso caudal de su madre, que hacía dos años había muerto.

Delfina conocía parte de la vida de Julio por las cartas que sus amigas le escribían al colegio, así es que su primera pregunta al desembarcar fue si ya el hermoso León josefino había contraído matrimonio. Gran placer experimentó al saber que Julio aun era libre y que si cortejaba á todas las mujeres no se distinguía con ninguna.

Cuando se lo presentaron, Delfina manifestó gran asombro, porque afirmaba que ya lo conocía y que aquella figura le era familiar, etc. Esto provenía de que una de sus amigas le había mandado su retrato, diciéndole que aquel era su novio pero dándole un nombre diferente. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que al conocer á Julio, Delfina sintió dos sensaciones opuestas, inexplicable la una como la otra. Esta, suave y deliciosa, nacida de la corriente simpática que la naturaleza establece entre los seres que se asemejan por la belleza moral ó física. Aquella, desagradable porque pronto comprendió que el interesante y hermoso joven que atraía su voluntad, amaba ya á otra mujer. ¿Por qué el amor, siendo una emanación de Dios, no es como éste, justiciero y equitativo? El amor para ser justo debiera siempre ser recíproco, ó lo que es lo mismo, correspondido. Pero es el caso, que el amor es lo que ha sido y lo que será: está en su esencia ser caprichoso, aventurero y sobre todo ingrato y cruel.

### III

*Mi querida amiga:*

Ofrecí no ocultarte nada de mis primeras impresiones al volver á mi país natal. Cumpló

mi promesa asegurándote que si es dulce morir por la patria, no lo es tanto vivir en ella; sobre todo, si la patria no es París, y carece de teatros, de paseos y de ruido. Sí, querida amiga, me hace falta el ruido, el Bosque de Boulogne y hasta el lodo amarillo de París. San José es muy triste, muy pequeño y destituido de todo lo que hace amable la vida; desde que llegué me muero de fastidio, y mamá me obliga á decir todo lo contrario. Papá me lanza miradas regañonas cuando suspiro y me duermo, viendo pasar las carretas llenas de sacos de café y tiradas por bueyes. ¿Qué será de mí? A veces deseo morir porque creo que el Paraíso debe parecerse á París, ó por lo menos á Viena. Ya hemos convenido en que el infierno debe estar en Londres ó en Berlín, el purgatorio en la pensión donde nos hacían estudiar en invierno muertas de frío, y nos prohibían acercarnos á la estufa; mas lo que tú no sabes es que el limbo es San José..... Yo creo que voy á atrapar una enfermedad si Dios no se apiada de mí. A propósito, te noticio, que con nosotros vino de Europa un polonés tan feo y tan meloso que empalaga. Eso sí, es rico, muy rico. A veces me pregunto si en cambio de vivir en París, me casaría con ese estafermo, y te confieso..... no, no te confieso nada, porque de seguro que no me casaría con él. Aún no he tratado

la alta sociedad de San José, pero mañana me aburriré atendiendo á mis compatriotas, pues hemos preparado una gran recepción. ¡¡Qué fastidio tener que bailar y hablar con los señoritos de mi tierra!!—Tuya *Delfina*.

*Mi Delfina:*

Imposible que pueda existir el fastidio á tu edad viviendo en ese país encantado. Tu linda cabecita debe sufrir alguna enfermedad, para decir que en esa América pueda una joven dejar de vivir en un continuo ensueño. ¡¡Los volcanes arrojando fuego y bocanadas de luz roja y blanquecina!!.... Los ríos caudalosos, como los mares europeos!! y las tempestades trasladando pueblos y montañas de un punto al otro del territorio.

Vamos Delfina mía, tu te chanceas y te burlas de mí. Cuando pienso que tú te meces como Virginia, en gigantescas hamacas que cuelgan de palmeras centenarias, y que tu sueño lo arrullan los cantos de las aves del paraíso, y que tu Pablo en vez de pálidos *bouquets* de mustias flores, te saluda en las mañanas con monstruosos ramilletes que los leones del desierto y las panteras de los bosques, por orden de su dueño, depositan á tus pies!! El

amor en la zona tórrida debe de ser una pasión sin medida, un fuego atizado por los huracanes y mantenido con la combustión de selvas compuestas de árboles titanes. Nuestros hombrecillos medio calvos, raquíticos y corrompidos, deben parecer fantoches comparados con los gallardos, robustos y sanos hijos de la naturaleza.

Por lo que hace á tu polonés Rakoski, le condeno sin verlo y te aseguro que serás desgraciada si llega el infortunio á ponerte en sus manos. No lo conozco ni quiero conocerlo. Bástame saber que no es joven, y que su origen se pierde en la noche de los tiempos de Polonia. Adió*s enfant gaté*, no olvides á tu primera y mejor amiga, según dices.—*Mlle. Roquevall.*

—  
*Mi querida amiga:*

Comenzaré como los banqueros. «Está en mi mano tu apreciable, etc., etc. y luego seguiré preguntándote. ¿Crees acaso que la América de hoy es la de Pizarro ó la de Hernán Cortés?

La América actual no tiene selvas vírgenes, ni cedros centenarios, ni mucho menos Pablos y Virginias. Los gomosos de aquí son tan semicalvos y afeminados como los de París. Los volcanes arrojan cenizas y lodazales en vez de luceros ó torrentes de luz. ¿Por qué no me feli-

citas por el pintoresco vestido de plumas á la moda de Adán y Eva, que antes usaban las indias nativas? Dejemos esas revistas retrospectivas de la tierra de Colón y vamos á lo real y cierto.

Pasó la fiesta inaugural, y en verdad que todo fué mejor de lo que yo esperaba. No creía tan adelantada la sociedad josefina. No me faltó mi arete: el señor Rakoski.

Ahora voy á hacerte una agradable confianza. De los jóvenes leones que me acosaban con sus obsequios, ninguno me llamó la atención. Pero entre los concurrentes no pude menos que fijarme en cierto caballero cuya distinción y buenas maneras me sorprendieron; Julio Espinosa. En lo físico es muy parecido á Máxime du Thiel, tu primo, pero es más alto y de un moreno á lo moro. Puede ser que su indiferencia conmigo fuera su principal mérito, pero..... no, es indudablemente más bien formado y mejor organizado que los otros de su especie.

No vayas á pensar que esta confianza se reduce á la descripción del señor don Julio. Mi secreto es otro, y me da pena confiártelo; allá va pues. En mi anterior te digo que estaba muerta y así era la verdad en aquella sazón; hoy no veo tan negra la vida. Después de la fiesta, me ha parecido más puro el aire de

esta ciudad, y las casas las encuentro menos viejas y feas. La nostalgia de París, ha pasado del estado agudo, al crónico..... No te rías con tu modo burlón de tu pobre amiga..... prefiero que te burles de Rakoski, para lo cual paso á contarte la siguiente aventura. Mi novio *in partibus* pidió un baño caliente en el Hotel de Vigne. El criado Puk, se distrajo y cerró la llave por donde viene el agua fría y dejó correr la caliente creyendo hacer lo contrario. Avisó al amo que estaba listo el baño; Rakoski se desvistió y entró al baño con decisión. Caer en el agua y comenzar á asarse fué obra de un segundo. Saltó el polonés fuera de la tina, rojo como un camarón, y con una voz estertórea llama á Puk; acude éste y apenas entra al cuarto es cogido por Rakoski y sumido en la caldera hirviente con casaca y todo; bramido horrendo del criado y alarma general en el hotel; médicos, cirujanos, la policía y los pasajeros rodean á los dos imbéciles..... y todo concluye por dos botellas de Champagne que se aplica el polonés para olvidar su *desventura*.

A propósito de ventura. ¿Sabés que Espinosa es, un joven agradabilísimo y simpático? No por eso creas que me deslumbra; todo se reduce á recordar que en la tierra de los ciegos el tuerto es rey. Adiós y dime que piensas de tu—*Delfina*.

## IV

En la calle de Chapuá en una de sus mejores casas habitaba hace como dos años una pareja que remeda la dicha. Don Roque Alvarez y su esposa doña Inés Monte Blanco. El primero frisa en los cincuenta años, la segunda cuenta apenas veinte. Don Roque es grueso, negociante, fresco aún de color, pero sus cabellos grises cortados en forma de cepillo de ropa le dan un aspecto duro y medio militar, mientras que doña Inesita es todo cuanto se puede ser de femenina, delicada y vaporosa. Casada con don Roque sin amor, pero sin repugnancia, creyó beneficiar á su familia con ese cuasi sacrificio. Ella esperó amar ó al menos estimar y respetar al que le dió su fe y su mano, porque nunca había sentido latir su corazón por varón alguno, y quizás habría llegado á ese punto, si la fatalidad no se hubiera atravesado para su desventura. Su marido no supo tampoco apreciar el tesoro que la suerte le proporcionó. Rodeando de lujo y esplendor á su esposa, creyó decir la última palabra y sobrepasar sus deberes mundanos. Tal vez las circunstancias habrían dado razón á don Roque si un suceso insignificante no hubiera cambiado en infierno anticipado, el modo de ser frío y tranquilo de los esposos.



Alvarez era poseedor de un hermoso caballo retinto que era objeto de la envidia de todos los hombres del *Sport* josefino. Julio Espinosa vino á casa de don Roque con objeto de ver y comprar la hermosa bestia. Para probarla quiso dar un paseo; pero cuando estuvo firme en los estribos el fogoso animal dió tales saltos que en uno de ellos cayó sobre el jinete. Esto ocurría frente á la casa del señor Alvarez y á presencia de doña Inés. Alzado sin conocimiento y con la apariencia de un cadáver, Julio fué conducido á un cuarto de la casa, donde el médico le dió los primeros auxilios. Aunque sin fractura de hueso, el accidente fué de bastante gravedad para imponerle algunos días de cama é inmovilidad. Durante ese tiempo doña Inés curaba al enfermo, y éste entre delirio y delirio pensó encontrarse en el Elíseo, al contemplar en la semi oscuridad del cuarto, aquella suave y angelical figura, que le curaba con la delicadeza que sólo tienen las mujeres. Cuando el médico manifestó temores de una gangrena, los habitantes de la casa dieron por muerto al pobre Julio. Nada tenía, pues, de raro ni de extraño que doña Inés sintiera un interés profundo por aquel ser que estaba en inminente peligro de dejar de existir, cuando todo le prometía vida y amor. La comparación entre su marido y aquel joven moribundo era de tal ma-

nera desfavorable al primero, que no era posible reprocharle un interés tan natural é inconsciente.

Esto pasaba algunos meses antes de la fiesta de que nos hemos ocupado. Si Delfina hubiera tenido más tiempo y algunos datos, habría notado esa noche la presencia de doña Inés en el baile y la profunda pasión que por ella sentía Julio Espinosa. No porque él la manifestara de un modo cualquiera, sino porque la presencia de Inés trasformaba de tal manera la fisonomía del joven, que con algún antecedente, un observador no podía equivocarse. Julio, no sólo respetaba el estado de Inés, por ser casada y llena de virtudes, sino que aun suponiéndola soltera y libre no era doña Inés de esa clase de mujeres que animan y facilitan las declaraciones amorosas.

## V

En la calle del Seminario que desemboca á la plazuela de la Soledad, unas cien varas antes de llegar á ese lugar, en una pobre casita de un piso, habita una familia numerosa que en otra época fué rica y llena de prestigio, pero que en la crisis mercantil de 1882 se arruinó completamente y tuvo que abandonar sus

relaciones y costumbres de *confort* para aislarse y vivir en una pobreza rayana en miseria. Componíase esa familia, del padre, don Juan Escoto, cuatro niños de doce á veinte años y tres niñas. De su antigua opulencia sólo conservaron una prenda más rara que el oro y los diamantes, una sirvienta, modelo de fidelidad: Narcisa, que así se llamaba la humilde criada que siguió á sus amos en sus sufrimientos como los había acompañado en sus goces. Narcisa era la providencia de la familia. Ella buscaba costura para las niñas, trabajo para el joven Alberto que se ocupaba de copiar música; y algunas veces ropa para lavar que era el oficio preferente de la generosa criada. Los primeros años los pasaron vendiendo y rifando algunas alhajas, muebles y trajes, mas en los últimos tiempos, no bastaba el trabajo de todos para pasar ni aun pobremente. En esa situación el padre consiguió que le vendieran á plazos un terreno de seis manzanas, propio para café, con la condición de que le darían el título cuando acabara de pagarlo. A sembrar esas seis manzanas dedicó el jefe de la casa todo cuanto ganaba y algunas sumas prestadas. Durante tres años se logró mantener limpio el terreno ya sembrado, pero para esto fué preciso que el mismo padre, los niños y aún Narcisa tomaran la pala y el rastrillo, pues la esperanza

era grande si se lograba llegar á la segunda cosecha ó cuarto año. El último semestre fué preciso vender hasta los libros de la familia; pero el fruto estaba ya pendiente.

Los conocedores calculaban en ciento cincuenta fanegas la próxima cosecha, que era la segunda. Se trataba pues de tener la enorme suma de tres mil pesos ó sea una renta media de cien pesos mensuales.

Entre los acreedores de la familia, un avaro que había prestado con interés de dos por ciento al mes la última suma para el cultivo, se presentó cobrando capital é intereses cuando iba á comenzar la cogida de la *gran* cosecha. El padre salió á buscar comprador, lo cual es muy fácil encontrar cuando la fruta está á la vista. Pero al llegar el comprador á examinarla, llegaba también un Juez Ejecutor á embargar preventivamente la pequeña finca, con lo que se retiró éste y los demás postores. El depositario nombrado por la justicia, continuó haciendo la cosecha por cuenta del acreedor ejecutante. La familia desesperada, se encerró en la habitación, las mujeres á llorar y los hombres á esconder su vergüenza y sufrimiento. Narcisa, tomó las calles por su cuenta y fué á solicitar á todos los hoteles y casas donde lavaba ropa y tomaba costuras. Tres días pasó en ese cruel ejercicio, recibiendo ne-

gativas, unas groseras y duras, y las mejores, llenas de hipocresías y de mentiras. Cualquiera que conozca un poco San José, sabe cuan inútiles son los pasos de una persona pobre para salir de un apuro de estos. Narcisa colérica, á veces cerrando el puño, otras llorando bajo su rebozo, no perdía la esperanza. El cuarto día en la mañana ocurrió donde un costarricense rico que en otro tiempo había recibido grandes favores y pedido y aceptado servicios de importancia de la familia affligida. Se le contestó que no molestara más con sus instancias; que su patrón tenía la culpa porque se había metido á agricultor no teniendo ni aun con que mantenerse. Que las locuras de la familia tenían que parar en ese resultado, etc., etc. y otras linduras por el estilo.

Narcisa, furiosa salió sin despedirse y venía por la plaza de la Merced echando pestes contra los ingratos, cuando maquinalmente dirigió su vista al parquecito y frente al hotel Vigne. En el balcón estaba sentado en una poltrona mecedora el señor Rakoski. Narcisa lo contempló un momento, recordó que la voz pública lo tenía por riquísimo, y sobre todo, pensó que no siendo de este país, podía probar fortuna con él y entró decididamente al hotel. La muchacha había recibido del criado del polonés las camisas y pañuelos para lavarlos; así

es que Puk la conocía. «Preséntame á tu amo» dijo al negro nubiano, y empujando á este se presentó de plano á nuestro amigo Rakoski. Narcisa titubeó un momento; pero sacando fuerzas de la situación desesperada en que estaba, le suplicó la oyera unos instantes. La generosa sirvienta relató en pocas palabras la historia de la familia en desgracia. Cuando llegó al acto del embargo, el polonés dió de patadas en el piso y se puso rojo de ira. Al concluir Narcisa, Rakoski, retinto, nervioso, se levantó, entró á su cuarto y tomó un paquete de billetes de Banco que puso en sus manos. «Mujer buena usted, le dijo, gente miserable aquí; yo no querer documento, yo dar á usted esto; y sin más, tomó el sombrero y salió á escape á la calle. Encontró un coche y lo tomó para alejarse de Narcisa. Esta salió casi loca de contento. Tres mil pesos había en el paquete. Inútil es decir que con esto se salvó la finca.

## VI

*Mi querida amiga:*

¡¡Un mes ha pasado desde mi última carta; me parece un año, tantas cosas han pasado cerca de mí! París se aleja, ó mejor dicho, yo me

alejo de París, de Francia, de Europa. Todas mis impresiones, todo mi mundo se ha limitado á San José. Tenías razón mil veces cuando afirmabas que en la zona tórrida las pasiones son abrasadoras, rápidas y destructoras. ¡Cómo, hace un mes no conocía yo el amor ni tenía idea de otra afección que la filial y la de la amistad, y hoy siento un fuego interior que devora todo mi ser. Esta ciudad que tan triste me parecía, la encuentro ahora llena de vida, y más que todo, llena de *él*. París, ¿que es París sin *él*? Yo no lo he visto á él en París, así es que de esa gran ciudad nada me atrae, ni tú misma, porque tú no eres él. Sí mi pobre amiga, hay aquí un hombre que no se parece á ninguno otro: ya sabes quién es, Julio Espinosa. ¡Qué hermoso hombre! Yo he visto esa figura varonil en algún otro mundo. ¿Será verdad que hemos vivido antes en otros planetas, y que de esa vida nos quedan algunos recuerdos, vagos, oscuros y sin detalles? Me dirás que un mes es muy corto tiempo para hablar de *pasión*. Puede ser. En San Petersburgo no será extraño que dos personas se contemplen durante diez años, y necesiten otros diez para llenarse la una de la otra. La nieve alcanza allá hasta el corazón. Aquí se vive poco, muérese uno joven, y el sol madura los sentimientos en una semana. Hay que apresurarse á vivir, á gozar y á sufrir an-

tes que venga la generación siguiente á empujar porque necesita el campo. Credme Alice, puede ser que la suerte me prepare muchos dolores; pero hasta hoy, correspondida ó no, vivo feliz con ese suave calor que siento en mi pecho. Ahora vivo un año cada día y mi sensibilidad se ha centuplicado. ¿Te acuerdas cómo me reprochabas el que no prefiriera alguno de los colores ó matices en las flores? Pues hoy decididamente soy partidaria del color de paja tierna. Sabes porqué? Porque él prefiere y usa el chaleco, la corbata y aun el traje completo, de ese color. Qué pensará él de mí! Pronto lo sabré y te pondré en el secreto. Adiós, ó más bien *au revoir*. Dentro de esta carta van mil besos.—*Delfina*.

---

*Estimado Roberto:*

Me pides algunas noticias de esta capital y muchas de mi persona. Allá van ambas cosas. En nada he variado desde la última vez que estuviste conmigo. Sigue mi *ad lutare* acompañándome á todas horas. Recuerdo que varias veces me has preguntado, por qué un hombre inteligente como yo (y dispensa la modestia) puede estar la mayor parte del tiempo en com-



pañía de un tonto tan retonto como Andrés Córdón; y que te he dado varias razones que no te han convencido. Ahora pienso que quedarás contento. Primero: sufro á Andrés por no mortificarlo echándolo á la calle cuando estoy en casa; y en la calle, porque es libre y puede y tiene derecho de ir por donde yo voy. Segundo: porque es un periódico de carne y hueso, y me basta decirle lo que me conviene que alguien sepa, para que el mismo día se lo comuniqué. Tercero: porque este pobre imbécil se mete en todas las casas decentes y me pone al corriente de todo cuanto me interesa en ellas; y finalmente, fuera de otros motivos, porque el babieca de Andrés me sirve á veces de *pareja*, ó como dicen los franceses, para darme una *centenance* ó pretexto para reír, enojarme ó dar ciertos pasos inexplicables.

Pero así como no hay sujeto por malo que sea que no tenga algo bueno, ni persona por buena y perfecta que no tenga su manchita ó defecto, Andrés, á pesar de la variada factura de ridiculeces y malos hábitos que lo distinguen, tiene una cualidad, una sola, pero que compensa todas sus babiecadadas: es un buen hijo que respeta y venera á su madre *valetudinaria*. Para ella guarda sus economías y quizás todas sus afecciones. Ya ves, pues, que ese tipo que tanto desprecias tiene algo que lo res-

cata y lo hace digno de..... no echarlo á la calle. A otra cosa.

De mis penas de corazón, nada puedo comunicarte.

Don Roque me atrae á su casa con la misma insistencia que antes, mas yo no aprovecho su generosidad porque preveo una catástrofe. En efecto, ¿cual puede ser el resultado de mi amor desesperado por doña Inés? No me queda más recurso que salir del país y alejarme de ella. Todo cuanto hago por olvidar á esa mujer tan virtuosa como llena de gracia y seducción, es inútil. ¡Donde quiera que estoy veo su imagen adorada! ¡Cuando pienso que esa mole de manteca es dueño de ella!....

Hablemos algo de tí. Elena Escoto sigue siendo el consuelo de su pobre familia. Hace algunos días pasaba con algunos amigos por el terreno de don Juan, á tiempo que la interesante niña llegaba á pie con su hermanita y traía la comida á su padre. Este con su pala y machete limpiaba la tierra como lo haría un peón ó trabajador ordinario. ¡¡Cuando pienso que ese mismo sujeto, en otra época, se hacía conducir en *landó* tirado por caballos ingleses, y hoy su hija usa calzado de dos pesos y hace y lleva ella misma la comida á los suyos!....

La gran fiesta anunciada donde los Rosales, pasó como pasan todas las cosas. Elena Es-

coto no asistió, aunque fué invitada la familia, por que no tenía el traje que tales concurrencias exige. La reina del baile, según los periódicos, fué la señorita Delfina, que hoy es la manzana de la discordia de San José.

No se puede negar que es una linda joven y muy elegante y graciosa. Con ella ha venido de Europa un Creso gigantesco que derrama el oro como agua. Las malas lenguas dicen que es pretendiente de Delfina y que á ella no le disgusta esa unión que la hará millonaria. Muy bien, y que ¡Dios los conserve en su santa gracia, aunque hubiera preferido que ella se casara con un hijo del país.... pero en realidad, poco me importa.

¿Sabes que el tal Rakosky (que así se llama el novio de Delfina Rosales), me fastidia y me ataca los nervios? ¡Pues no ha tenido el atrevimiento de mirar con demasiada insistencia á doña Inés de Alvarez! ¿Se figurará ese hipopótamo que por que es rico puede ser digno de la atención de ella?

Te aseguro que si trata de emprenderla con la señora de Alvarez, le moleré á palos ó le cruzaré las costillas á chilillazos.

La miel no se hizo para las lechuzas. Con que hasta la vista.--*Julio Espinosa.*

VII

En la anterior correspondencia encuentran nuestros lectores dos personajes que le son desconocidos: Roberto Delgado y Elena Escoto.

Roberto es un amigo de infancia de Julio Espinosa. Elena es la hija mayor de don Juan Escoto, conocido en el incidente cuya heroína fué nuestra simpática Narcisa. — Elena, que parecía destinada á la felicidad por la fortuna de su padre, sus gracias físicas y sus dotes intelectuales, comenzó á marchitarse y á declinar en su modo de ser altivo é independiente desde que don Juan suspendió sus pagos. Fresca y lozana, alegre y espiritual cuando era obsequiada y distinguida por los que la rodeaban, su naturaleza delicada y sensible debía resentirse mucho ante la humillación y sufrimiento de su familia. Irritada su sangre noble y generosa ante una sociedad metalizada y de un realismo exagerado, no aceptó ni se resignó sin lucha dolorosa á la humilde situación que el destino la deparaba. La miseria no la ofendía por las privaciones materiales que son su inmediato resultado, sino por las consecuencias que ella trae á sus víctimas, sujetándolas á despreciables traficantes de la desgracia y de la adversa fortuna. El desencanto de la vida y la falta de fé en las personas y las cosas trae

siempre consigo el desequilibrio físico, el mal estar y las enfermedades del cuerpo y del alma.

Elena, el perfecto tipo del sexo bello, débil, indefenso y confiado, tenía plena fe en las prerrogativas de la debilidad, de la belleza y de la virtud. Jamás se le ocurrió que la pobreza la expusiera á otras pretensiones que á las de gentes iguales en educación y posición social á la suya.

Roberto Delgado, joven decente, bien educado y muy trabajador, había merecido la atención de Elena, después de mucho tiempo de un cortejo delicado y discreto por parte de aquel. Nada parecía, pues, oponerse á ese tranquilo amor cuyo fin debía ser una unión legítima. Pero, la amistad con Julio Espinosa lo obligó á tratar, aunque con repugnancia á un joven despreciable y peligroso por su ligera lengua: Andrés Córdón, especie de anfibio con figura de varón, hábitos afeminados y costumbres de gañán. Andrés colocaba su orgullo en que se le viera en compañía con lo mejor de la sociedad, lo cual nada de malo tenía, sino fuera que no pudiendo alternar con los jóvenes que sobresalían por su talento ó por su posición especial, acudía á medios de dudosa moralidad para hacerse notable. Si en una casa respetable oía hacer grandes elogios de una persona, Andrés, en su deseo de que lo tuvieran por íntimo

amigo del nombrado, inventaba cualquier historia que ponía en boca de su amigo, sin calcular jamás las consecuencias que aquello pudiera tener.

Así fué como logró malquistar á Delgado con la familia de Escoto. Don Juan se complacía una tarde en detallar las brillantes cualidades de Roberto. Andrés creyó que se engrandecía y levantaba afirmando que era amigo íntimo de tan excelente sujeto, y para probarlo se le antojó relatar una conversación que había tenido con Delgado, ignorando las relaciones que existían entre él y Elena. ¿Y qué dice Roberto, preguntó don Juan?

— Roberto, que todo me lo consulta y confía me dijo que si no se casaba con Delfina Rosales, prefería quedarse soltero.

Esta falsedad produjo en la honrada familia el efecto de una centella. Elena quedó anonadada. Don Juan no dijo una palabra más, pero se podía notar en sus ojos el sombrío furor que lo devoraba. La madre bajó la vista y lloró silenciosamente. Sólo Andrés continuaba escarbando la herida con la tranquilidad y desenfado del bruto inconsciente.

Su inteligencia no era bastante clara para hacerlo caer en cuenta del mal que había causado. Para sellar su tontera supina concluyó con una estrepitosa carcajada y se despidió con

la vulgar frase: «que se diviertan y buenas noches».

La primera vez que se presentó Delgado á la familia, notó una reserva extraña y reticencias incomprensibles; mas, estaba á mil leguas de adivinar el motivo. Pensó que alguno de los frecuentes sinsabores nacidos de las penosas circunstancias que los rodeaban, producía el mal estar de Elena y de sus padres. Se retiró temprano. En la visita siguiente, Elena no salió al salón, pretextando enfermedad. En ese estado estaban las cosas cuando ocurrió la fiesta de los Rosales á que no asistió la familia Escoto. Ya hemos visto á lo que atribuyó Espinosa la ausencia de Elena. Mas la verdadera causa la conoce el lector.

## VIII

—No es posible comprender un carácter como el tuyo, Inés. Despreciar un asado tan gordo y apetitoso para mantenerse con tostadas de pan y granitos de arroz; eso es absurdo é inexplicable.

—No veo que sea absurdo alimentarme con las cosas que me agradan, don Roque, como no encuentro nada de particular en que á Ud. le gusten las comidas sustanciosas. Eso depende de nuestra diferente organización.

—Qué organización ni qué tonterías son esas, también dirás que no sientes celos porque así estás organizada y sin embargo, los celos son una cosa natural en las mujeres y á veces en los hombres.

—No conozco ni comprendo los celos, don Roque, porque ellos son consecuencia las más veces del amor propio ofendido, y yo no me creo ofendida porque otras mujeres le llamen á usted la atención. Si al contrario, son ellas las que se fijan y lo distinguen á Ud., lejos de mortificarme, me envanezco de tener por esposo á un hombre que guste, si es posible, á todas las mujeres.

—Nada de eso; no señora, me engañas ó te engañas tú misma. No sientes celos porque nunca has sentido amor por mí. Si me quisieras, te sería muy duro que á mi me gustara otra mujer. No soy tan tonto para no comprender mi situación.

—Por mi parte, no puedo negar que las atenciones que te dirige ese animal del polonés llamado..... Rakosky ó cosa parecida, me irritan ó encolerizan.

—Es cierto; pero no son los celos los que producen esa irritación y esa cólera; el orgullo y la vanidad heridos son el móvil de sus molestias con un hombre que jamás me ha mirado siquiera. Ud. se molesta con el señor Rakoski



porque supone que el público nota esas atenciones y se figura que Ud. es un marido burlado; más en todo esto no hay amor. Si tal hubiera los celos de Ud. probarían poca estimación y poca confianza en los principios con que he sido educada.

Como se ve de la conversación anterior, doña Inés daba á su esposo el tratamiento frío y respetuoso de *Ud.*, que es mal síntoma por lo general. Don Roque usaba del *vos*, provincialismo quo equivale al *tú*, pues en este país solo se *tutean* las personas cuyas relaciones íntimas tienen por origen el amor, la amistad ó el parentesco muy cercano. Y como mi objeto al escribir esta historia no es otro que el de dar á conocer nuestras peculiares costumbres y modos de ser haré uso de esa antigramatical manera de hablar, por más que ella sea nueva y desagradable para oídos extranjeros.

Al concluir doña Inés su última observación con respecto á los celos, el criado anunció á sus amos algunas visitas que esperaban en el salón. Don Roque saludó afectuosamente á los jóvenes Julio Espinosa y Roberto Delgado y volvió adonde su mujer nombrándole las visitas. Doña Inés que ya venía para el salón, al oír el nombre de Julio, en vez de continuar regresó á su cuarto instantáneamente y sin darse cuenta de sus pasos se acercó á un espejo, delante

del cual se arregló el peinado, se alisó las cejas y tomó su abanico.

Cuando llegó á la sala de recibo, encontró á don Roque dando sacudidas de manos á ambos jóvenes. Doña Inés saludó con despejo y naturalidad. Espinosa no pudo articular palabra alguna, limitándose á una respetuosa cortesía, después de la cual habló de todo, principalmente de la lluvia, del tiempo y de la luz eléctrica que esa noche estaba ausente. Delgado que conocía el secreto del mutismo de su amigo procuró distraerlos á todos con sus picantes y oportunas frases, dirigiendo de vez en cuando una expresiva mirada á su amigo para recordarle su posición. Por lo que hace á don Roque, tan susceptible cuando se trataba del señor Rakoski, no se le pasaba por las mientes que el verdadero, el terrible rival y enemigo de su quietud y de su felicidad lo tenía tan cerca y tan amenazante. Pobre don Roque, á Julio que era el preferido, no perdía ocasión de traerlo á su casa, de acercarlo á doña Inés y aun de obligarla á salir á paseo y al teatro en su compañía.

La conducta de don Roque era tan natural y de tal modo se ajustaba á lo que habitualmente sucede en casos semejantes, que casi no nos atrevemos á burlarnos de su *buen carácter*.

A las nueve de la noche el criado anunció á doña Elvira Río Seco, su hija Delfina, don

Andrés Cordón y don Lorenzo Rakoski. Don Roque cometió la grosera imprudencia de no dar la mano al último; pero este no se dió por entendido y tomó posesión de una butaca junto á doña Inés. Una estrepitosa carcajada de Andrés sin motivo alguno, puso de buen humor á la concurrencia. Rakoski, serio y grave preguntó al joven Cordón «¿porqué Ud. reirse solo?» La contestación fué una nueva carcajada acompañada de manoteos y golpecitos en el hombro de Rakoski. Este tomó la mano de Andrés, diciéndole: «Ud. no tener el derecho á tocar mi; eso solo hacerlo los amigos y Ud. no tener ese honor».

Mientras unos celebraban la lección recibida por Andrés y otros reprochaban la dureza de Rakoski, se cruzaban en el salón tres corrientes eléctricas tan potentes que á haber sido ofensivas habrían destruído y aniquilado el edificio y á sus habitantes; una partía de los ojos de Julio y terminaba en la dulce figura de doña Inés; otra salía del alma de Delfina dirigiéndose á Julio, y la tercera menos persistente que las anteriores pero más cargada de tempestades venía de Rakoski y moría en derredor de Delfina.

Hé aquí el cuadro que con más frecuencia nos presenta la sociedad. El amor naciendo donde no se le espera, caminando para donde

nadie lo sigue. Inflamándose sin motivo, y desapareciendo cuando está más robusto. Se dice que el amor atrae al amor; nada de eso, el amor ve menos que los ciegos, oye menos que los sordos y dispara más que los dementes. El amor es cometa cuyo origen, derrotero y velocidad son desconocidos.

Delfina notó por primera vez, la pasión que consumía á Julio, y, para su mayor tormento, le fué preciso convenir en que doña Inés era digna de tal fuego. Como ella no podía figurarse que hubiera mujer que desdeñara los obsequios de Julio, no dudó ni un instante que doña Inés correspondiera á tan natural afección. Respecto á don Roque, nos preguntaremos ¿por qué no se fijaba en la conducta de Julio respecto de doña Inés y si era atraído por la más pequeña muestra de cortesía de Rakoski para su señora?

Porque el pobre mercader y negociante no había de ser excepción de la regla de que siempre la humanidad se cura del mal que no tiene, y descuida el que de veras le carcome.

Rakoski comprendía que algo extraordinario pasaba en aquella reunión, al parecer tan apacible.

Para dar un poco de animación á los concurrentes, suplicó á *Picolina* que cantara, alguna romanza.

Delfina no se hizo rogar, pero manifestó que no podía acompañarse ella misma sin papel. El Polaco le suplicó que recordara alguna canción nacional. Luego dirigiéndose á Julio le rogó que acompañara á la *Picolina*. Espinosa, maquinalmente dejó su asiento y se acercó al piano. Andrés se creyó en la obligación de ofrecer su brazo á Delfina y la condujo al lado de Julio.

Ni Delfina ni Julio eran artistas pero siendo el arte y la poesía el resultado del sentimiento, aquellos dos corazones que rebosaban pasión, debían ser manantial de notas sublimes. En efecto, el piano, generalmente tan prosaico, cuando Julio comenzó á pulsarlo buscando un prólogo ó preliminar á la música que iba á ejecutar, no parecía una máquina de sonidos: lloraba, si se nos permite esa expresión, y de las manos de Espinosa se desprendían verdaderos lamentos de melodía y de tristeza.

Delfina ya conmovida, dejó la tierra y se trasportó al país de las ilusiones sin término. Su voz, temblorosa al comenzar, fué tomando tales entonaciones, que atrajo involuntariamente las miradas de su acompañante. La letra de la canción fué compuesta en San Ramón en 1881, por el joven costarricense don David Hine y la música por el malogrado artista don Manuel Gutiérrez. La primera es como sigue:

¡¡PERDÓN!!

Yo te adoraba, sí, y el fuego lento  
De la pasión más grande que he sentido  
Aumentaba en mi pecho entristecido  
La acerba pena de un resentimiento.  
Perdón, mi amor! perdona si atrevido  
Quise arrancar de mi alma el sentimiento  
Y darle libertad al pensamiento  
Arrojando tu imagen al olvido.  
Fué una esperanza vana é ilusoria  
Yo no puedo existir sin tu mirada.  
Yo no puedo vivir sin tu memoria;  
Sin tu tierno cariño, Julia amada,  
Yo no quiero virtud, no quiero gloria,  
No quiero libertad, no quiero nada.

Más al segundo verso una lágrima ardiente se deslizó por la mejilla de Julio.

Delfina lo notó..... y si esa lágrima quemaba el cutis del uno, para la otra se convirtió en torrente de fuego que calcinaba el corazón, por que comprendía quién era, la que tal dolor causaba.

Rakoski que no podía explicarse lo que sentía, se dirigió á una ventana y la abrió para buscar aire. Andrés aplaudía y se reía diciendo: «qué divertida está la cantada». Doña Inés estaba pálida, con la mirada vaga, pero con la actitud plácida de la mujer esclava de su honor. Don Roque sentía un malestar desconocido y no separaba su vista de Rakoski. Delgado siem-

pre en su papel de modelo de amistad decía al que quería oírlo que Julio sufría una irritación en los ojos por lo cual parecía á veces como que lloraba.

En medio de este foco de sentimientos que anunciaban gruesas tempestades para lo futuro, se oyó un fuerte ruido en la puerta de la calle causado por los culatazos de varios fusiles al descansar ó apoyar las culatas en el suelo, á esto siguieron tres fuertes golpes en la puerta y una voz hueca, imponente, que llamaba en nombre de la ley.

Todos inmóviles y silenciosos, doña Inés fué á abrir la puerta y entraron sin miramiento alguno varios soldados, fusil en mano, precedidos de un capitán veterano. Este sin saludar ni aun tocarse el kepi preguntó quiénes eran los jóvenes llamados Roberto Delgado y Julio Espinosa. Ambos jóvenes se adelantaron manifestando ser ellos los nombrados. «De orden del General en Jefe, síganme señores».

Rakoski preguntó qué clase de autoridad era la que daba tales órdenes brutales, y el oficial encarándosele le dijo que nada le importaban semejantes asuntos.

## XI

El lector nos dispensará que suspendamos nuestra relación en momentos en que los señores Delgado y Espinosa fueron conducidos al cuartel principal, de orden del General en Jefe, y que lo trasportemos veinte años antes á una región muy apartada de San José, en donde ocurrieron acontecimientos que deben tener una gran influencia en el desarrollo futuro de la presente historia.

Allá por los años de 186... los ómnibus de la estación del ferrocarril de Civitta-Vechia en Roma, conducían dos familias costarricenses al hotel de Minerva, situado en la piazza del mismo nombre, que era nada menos que el antiguo palacio Comti convertido prosaicamente en albergue ó posada, eso sí, bastante aristocrático.

Componían las familias antes indicadas don Juan Espinosa y su señora doña Adelaida Rincón servidos por una criada de Cartago llamada Florencia. La otra la formaba don Julián Rosales y su esposa doña Elisa Río Seco acompañada de dos sirvientes, Antonio, nativo del Mojón, y Teresa, josefina de pura raza. Ambos matrimonios completaban la luna de miel con un viaje de placer á Francia é Italia. Iban en estado interesante las dos señoras, casadas con sólo



tres meses de diferencia. Ambas muy ricas, la primera lo era por sí como heredera de un opulento español que murió en Honduras, y la segunda gozaba de los bienes de fortuna de su marido, comerciante y minero afortunado.

El temor de que una de las dos amigas pudiera alumbrar de un momento á otro decidió á las señoras á pasar algunos meses en Roma, mientras sus maridos hacían expediciones á Nápoles y provincias romanas. Instalados, pues, en el hotel de Minerva y visitados los principales puntos históricos de la ciudad eterna, Espinosa y Rosales partieron para Nápoles dejando muy recomendados á nuestro Ministro el señor Marqués de Lorenzana el cuidado de sus familias.

Ya solas, no salían del hotel más que algunas tardes en carruaje al Monte Pincio ó á la piazza del Pópulo. En las mañanitas recorrían á pie las tres calles aristocráticas de la ciudad que son la Rippetta, Babuinos y el Corso.—Pío IX, el último Papa-Rey, gobernaba entonces y nuestras compatriotas tuvieron ocasión de conocerlo y recibir su bendición apostólica.

Para comprender la terrible catástrofe que vamos á narrar, es precisa una corta explicación del carácter de don Juan Espinosa y de la especial posición que en su casa tenía Florencia, la cartaginesa, que servía á la señora doña Adelaida.

Don Juan Espinosa, hijo de un español de los últimos que sorprendió la declaratoria de la independencia de Centro América, tenía una de esas cabezas catalanas que prefieren aplastarse contra el acero que apartarse del obstáculo.-- Buen corazón, amigo firme y decidido, era de todos apreciado, pero había mucho de temor en el respeto que lo rodeaba.

Florenxia, acostumbrada á ver realizadas todas las amenazas que le había oído á su patrón, tenía por él una completa adhesión mezclada de temor. inexplicable respecto de ella, á quien siempre trató con gran benevolencia.

Al salir para Nápoles, Espinosa insistió encargándole sumo cuidado con su señora: «con tu cabeza me respondes de la vida de doña Adelaida» le dijo, quizá en chanza; pero Florenxia no lo entendió así. El 2 de noviembre de 186.. la dichosa señora de Espinosa dió á luz un hermoso niño. Fué atendida por uno de los mejores médicos de Roma y rodeada de los cuidados de su amiga doña Elisa y de las dos criadas Florenxia y Teresa.

La siguiente noche, á horas en que descansaban en sus respectivos cuartos ambas familias, Florenxia se despertó á impulso de un malestar físico producido por el humo que penetraba en la pieza.

Abrió la ventana y nada de particular ob-

servó del lado de la plaza, por lo que volvió á cerrarla y quiso continuar su sueño interrumpido, más el humo entraba ya en cantidad bastante para notarlo aún á la simple vista. En esto empezó á oír los primeros gritos, alarmas y ruidos en los pisos bajos. Comprendió que el hotel estaba incendiándose y despertó á la señora. La impresión de ésta fué tan grande al ver el reflejo de las primeras llamas y el alboroto del incendio, que perdió totalmente el sentido. Los pasajeros que aún podían llegar á la gran escala de piedra, lograron salvarse, pero los que estaban del lado Norte, que tenían que atravesar un largo corredor para llegar á las escaleras de servicio y todo el hotel para acercarse á la grande, en su mayor parte fueron víctimas del fuego. Los bomberos hicieron prodigios de valor, pero á las seis de la mañana del día siguiente, que se dominó el incendio, faltaban siete personas de las que habitaban el famoso hotel. Entre ellas no pareció el niño nacido la víspera, esto es, el pequeñuelo que había dado á luz doña Adelaida de Espinosa. En cambio había nacido en medio de la catástrofe un precioso niño que después se llamó Julio y que fué sacado del hotel por la criada Florencia, salvándole la vida al hijo de sus patronas, á costa de dos terribles quemaduras una en la mano y otra en el hombro. Ambas señoras de Rosales

y de Espinosa fueron conducidas á una casa particular en donde se alojaban personas recomendadas. Las dos amigas se encontraban en un estado deplorable, principalmente doña Elisa que no podía consolarse de la pérdida de su hijo á quien no conoció siquiera. Entre los muertos, se encontró un cadáver calcinado en las ruínas de la parte quemada. Era el de Andrés el mojonero.

Los señores Espinosa y Rosales retornaron tres días después de Nápoles: el segundo inconsolable y afligido por la pérdida de su hijo, y el primero lleno de gratitud por la acción heroica de Florencia á quien no sabía como premiar tanta adhesión y valor. El restablecimiento de doña Elisa fué largo y penoso y apenas estuvo en condición de poder embarcarse volvieron ambas familias á San José. Y aunque más tarde repusieron la pérdida del niño quemado en Roma, con una niña, Delfina, doña Elisa maldice su estada en la capital de la cristiandad, y no se perdona el haber emprendido un viaje en las circunstancias en que lo hizo. Nuestros lectores conocen ya el dichoso *bambino* salvado por Florencia, que no es otro que el arrogante señor Julio Espinosa, hoy por hoy preso y encerrado en una de las piezas del Cuartel Principal que dan á la calle de la Catedral.

XII

San José de C. R.—A. C.

*Señora doña Ana Worzinski.—Londres.*

En buen apuro te encontrarás al leer el nombre de la ciudad y de la República de donde te escribo.—Recordarás que al dejarte en Londres, te dí mi dirección en Madras para donde era mi intención tomar la mala de la India. Tu primera idea debe haber sido la de que en Madras hay un barrio que se llama Costa Rica y una calle llamada *San José*. Pero, después de buscar en el diccionario geográfico te habrás encontrado con trescientos San Josés, esparcidos en toda la América y España; después corres á la calle Costa Rica, y probablemente no has encontrado tal nombre, pues antes de venir á este país, quise una vez saber que tierra era la que le da su nombre á cierta clase de café que se toma en Londres, y encontré lo que sigue en dicho diccionario. «C. Rica ó P. Rico que es lo mismo; isla del Océano Atlántico en las Antillas mayores ó grandes Antillas; colonia española poco próspera, que produce café, azúcar y tabaco de mala clase, etc. etc.» Así es que en tu ánimo debo yo habitar una colonia española y

vivir entre mal tabaco, azúcar y café.— Dime si realmente has pasado por esa mistificación de los geógrafos.

Por mi parte te diré que si este pequeño país no es conocido de los geógrafos, él vale más que ellos. A Costa Rica nada le importa que no la conozcan esos copiadores de nombres, y ellos sí pierden mucho ignorando su existencia. Lo que saco en limpio es que el mundo está por descubrirse aún y que conozco muchísimos lugares en Europa cuya descripción llena los diccionarios geográficos y las memorias de los turistas, que no resisten la comparación con este país y que están habitados por pueblos muy inferiores al de Costa Rica en cultura, civilización, riqueza y fuerza vital.

Pero esto debe importarte poca cosa y debes estar ansiosa de saber las circunstancias que me hicieron abandonar mi viaje á la India y cambiarlo por el de América.

Llegué á Southampton y tomé un cuarto en el Royal Hotel. Al tomar el lunch en el comedor encontré haciendo lo mismo á una familia que se comunicaba en francés; pero claramente se veía que no eran franceses, tanto por el acento y modo de pronunciar el idioma, cuanto por ese color indescriptible que el sol de los trópicos imprime á los dichosos ó desgraciados habitantes de esta zona.

La familia se componía del padre, la madre y la hija, que era una joven que podía tener dieciocho años. Después supe que eran de la América Central, y se nombraban, don Juan Rosales, doña Elisa Río Seco y Delfina Rosales. Según parece, esta última me tomó por uno de esos ingleses excéntricos, maniáticos y medio dementes que tanto abundan en la Gran Bretaña; digo esto, porque desde que me vió lanzó una carcajada tan natural y exenta de afectación que sin quererlo empecé yo mismo á reír.

Esto redobló la hiralidad de la encantadora niña hasta el grado de verse obligada á tenerse el estómago y á enjugar las lágrimas que su ataque de risa le producía. Los padres de ella pasaban un mal rato con lo que ellos llamaban mala crianza de su hija. Es lo cierto que el señor Rosales se dirigió á mí dándome mil excusas por la inconveniencia de la niña. Yo las acepté riéndome y aún le manifesté que lejos de ofenderme, me agradaba mucho ver una joven tan cumplida y elegante abandonarse sin recelo ni segunda intención á los impulsos de una impresión primera. Repentinamente la fisonomía de la joven se cambió de risueña en seria y tomando una hermosa pera que coronaba un frutero de la mesa, besó dos ó tres veces la fruta y con el ademán más encantador y gracioso, se acercó á mí y me ofreció la pera

frescamente húmeda de sus besos.—En señal de reconciliación y amistad, me dijo, y haciéndome una cortesía á lo colegiala, desapareció.

Inútil es procurar explicarte la clase de impresión que esa preciosa niña produjo en mi ánimo, pues que yo mismo no he logrado explicármela.—Sólo te afirmaré que esa impresión fué inmensa, agradable, suave.—Parecía que su presencia derramase por toda mi alma un baño de dulce placer. ¿Es esto amor? No, porque los celos no laceran mi corazón cuando veo que otros la galantean y que ella prefiere ó ama á otros. Tiene algo del amor paternal, de la amistad: en fin, no se que fuerza oculta é irresistible me atrae hacia ella. Lo cierto es que, cuando ellos me preguntaron para donde iba, les respondí que casualmente eramos compañeros de viaje, porque yo pensaba visitar la América Central. Adiós, pues, la India y los elefantes y las zebras y los tigres de Bengala.

Me vine con la *Piccolina* y héteme aquí en San José de Costa Rica, hotel de Vigne, plazuela de la Merced, frente á la Iglesia del mismo nombre; país que agrada mucho á Puk, y al que solo le encuentra el defecto de ser muy cara la cerveza y el *gin*.—*Rakosky*.



### XIII

Julio Espinosa y su amigo Delgado, no comprendían la razón de su arresto, suponían que había de tratarse de asuntos políticos, pues la forma de conducirlos, no á la cárcel, sino á un cuartel, indicaba un procedimiento administrativo.

Como no estaban incomunicados, al día siguiente de prisión en la Artillería, recibieron numerosas visitas. Entre ellas, la de Rakoski, quien vino á ofrecer á los dos jóvenes, su persona y su bolsillo, si en algo lo necesitaban.

Andrés Cordón no podía faltar á exhibirse, dándose la importancia de un íntimo de Julio, que esa era su aspiración suprema.

Andrés estaba convencido de que viéndolo todo el mundo al lado de joven tan elegante, rico é inteligente como Espinosa, acabarían por colocarlo al nivel de tan brillante figura. Y lo triste es que no son raros los que piensan y viven como Cordón. En San José hemos visto á más de un tipo de esa clase. La idea es peregrina, se acojen á los resultados de la asociación de ideas, y se dicen: «viéndome siempre al lado de fulano, en la calle, en el teatro, en los hoteles, tendrán que pensar en mi cuando

lo ven á él y viceversa, y así, poco á poco nos confundiremos.» Sucede también que, á la larga, con intención ó sin ella estos tipos copian las maneras, los gestos y los hábitos del modelo que se proponen imitar. Andrés Córdón lleva el bastón ó el paraguas en la mano izquierda por que así lo acostumbra Julio; pero éste lo usa así, porque es zurdo, mientras que Andrés le costó gran trabajo habituarse á cambiar el destino de la mano derecha. Julio Espinosa al saludar cierra el ojo izquierdo, lo cual va siempre acompañado de una ligera sonrisa, y Andrés ha oído á las hijas de Eva celebrar como muy graciosa y elegante esa acción, pues él hace lo mismo, solo que, como no sabe sonreír, arroja una carcajada, cerrando un ojo, y aparece grotesco y ridículo; sin embargo esto no lo nota el imbécil.

Hemos dicho que esta especie de mono era escribiente. Para darse importancia, aseguró á un compañero de oficina que pronto sería elevado á un destino más lucrativo y superior en jerarquía. Aquel se negó á creerlo sino le explicaba el modo de adquirir ese adelanto, y el buen hombre, entonces, le dijo al oído y suplicándole el secreto, que él y Julio Espinosa, con otras gentes importantes preparaban una revolución, que estaba al estallar. Verdad es que este semi-idiota no calculó las consecuen-

cias de su invención, pero sucedió en este caso, lo de siempre. El compañero se apresuró á ameritarse con el Ministro, y delató á Julio aumentando algunos detalles de su propio cale- tre á la noticia.

El Ministro comunicó la historia al Presidente de la República, que aborrecía á Julio por algunas expresiones que había lanzado criticando los actos de su Gobierno, y sin dar mucho crédito al dicho de Córdón, mandó vigi- lar á Julio, al mismo Andrés y á dos ó tres per- sonas más, también nombradas por Córdón, al hacer la confidencia al compañero. Poner un es- pía secreto, que no perdió de vista á Espinosa, fué el primer paso de la policía.

Una noche llegó el espía á la casa del Mi- nistro á comunicarle que, en el Hotel Español, situado cerca del Mercado, hotel donde Julio no entraba jamás, lo había visto llegar, acom- pañado de un militar de alto grado, que procu- raba ocultar con un sobretodo el uniforme. Que una vez adentro, habían pedido una cerveza y se habían retirado á un rincón del comedor, donde no podían ser oídos. Que allí habían es- tado hablando en voz baja más de dos horas; y que al retirarse, ambos se habían bajado el ala de sus sombreros sobre la frente, como para no ser conocidos.

Por más esfuerzos que hizo el Ministro

para saber el nombre del militar, no pudo averiguarlo, ni el espía tampoco.

La delación de Andrés, enlazada con la conferencia secreta de Julio Espinosa y el militar veterano, determinaron á la Comandancia en Jefe, á ordenar la prisión de los dos inseparables amigos Espinosa y Delgado.

Ya saben pues nuestros lectores, las causas del arresto, que tanta alarma produjo, no en ellos, sino en sus familias, y sin que la manifestasen, en Delfina y doña Inés por Julio, y en Elena Escoto por Delgado.

Ahora bien. Fué nombrado un fiscal y la instrucción se siguió en averiguación de los hechos.

Se hizo constar en el proceso, primero: que Andrés Cordón, cuando habló con el escribiente quiso darse tono y al efecto inventó la barbaridad que el lector conoce. Segundo: que el caballeroso y leal coronel X, que había conferenciado con Espinosa, cuando tuvo noticia de que se trataba de saber su nombre, se presentó, sin que nadie lo solicitara y manifestó al juez instructor que efectivamente había tenido con el señor don Julio Espinosa, una larga conversación en el hotel Español en la cual sólo se habló de cierto asunto personal que hubiera deseado permaneciera en secreto, pero que vista la gravedad de las consecuencias, y lo injurioso

de las sospechas, creía su deber aclarar el misterio.

Era el caso dijo, que habiéndome presentado en el hotel Francés á un extranjero muy rico llamado Mr. Rakoski, en momentos en que éste jugaba con otros también extranjeros, me invitó á entrar en el partido, y yo completé el número de la *Poker*.

Tal fué mi mala suerte que en una hora que duró el juego perdí más de mil pesos. pues la ficha representaba una libra esterlina. Cuando me despedí de los dos extranjeros, debía yo á Rakoski novecientos pesos, ó sean, ciento ochenta libras. Sabido es, que según las reglas del juego, esa clase de deudas deben pagarse al día siguiente.

Pasé un amargo día buscando esa suma; por todos lados encontré negativas, y desesperado de mi mala suerte. recordé que Julio Espinosa era rico y muy generoso, y me dirigí á él, dándole una cita. Ese bondadoso y espléndido joven, me ofreció prestarme el dinero; más no ese día sino al siguiente; pero me ofreció hacer suya la deuda desde esa misma noche. Así lo cumplió. Del hotel Español salí yo para mi casa y él para el hotel Francés.

Estaba ya al dormirme, cuando tocaron á mi puerta. Alarmado, me apresuré á abrir, y ¡cuál sería mi sorpresa y mi placer al ver á

Espinosa, quien me traía un recibo de Rakoski por las ciento ochenta libras. Nada me debe usted, me dijo Julio, pues Rakoski no quiso recibir la deuda y para su tranquilidad me dió ese recibo! El buen Polaco manifestó á Julio que nunca se habría perdonado si hubiera cometido la crueldad de arruinar á un hombre honrado; que en las diversas manifestaciones de la fisonomía del militar, cuando perdía había notado la terrible impresión que le causaba su pícara suerte. Yo quise rehusar lo que me parecía humillante aceptar; pero Julio me aseguró que Rakoski era un excéntrico de buena ley y que se creería ofendido si yo rehusaba. Acepté pues, y he allí todo el secreto.

#### —XIV—

En uno de los cuartos del cuartel de artillería, un criado de la casa de Espinosa servía el café á nuestros amigos Julio y Roberto Delgado, en una mesita de laca que, con otros muebles, enviados por la familia de Julio adornaban su prisión.

Julio, con su buen humor habitual y Roberto triste y callado, fumaban sendos cigarrros habanos al mismo tiempo que absorbían el sabroso café á la crema. Oigámoslos un

rato y enterémosnos del estado de su ánimo.

—Con que, explícame Delgado, tu vasto talento no te explica la causa de nuestro arresto? Claro está que no somos criminales vulgares, porque entonces nos tendrían en la cárcel pública. Al honrarnos con una prisión militar, nos tratan como grandes personajes políticos, ó impolíticos más bien. Más como yo no recuerdo haberme metido, y casi ni hablado de las cosas públicas, debe haber gato encerrado en este lance. Vamos, habla, caballero de la triste figura; contéstame, amante desdichado, abre la boca y explícate.

—Te envidio esa organización predispuesta siempre á ver las cosas por su buen lado; más no puedo imitarte. Siento el alma rodeada de nubes que oscurecen mi pensamiento; no por este encierro, que no puede prolongarse, porque aquí debe haber un error, una equivocación que no puede ser eterna, sino porque tu sabes que tengo motivos para sufrir en mis más caras y tiernas afecciones. El repentino cambio de Elena conmigo, cambio que he notado hasta en el señor Escoto, me aflige y mortifica, no sólo por mí, sino por la misma Elena, que debe sufrir enormemente, toda vez que ella me ama, como yo la amo á ella.

¿Qué ha sucedido? No me lo explico, por más que recorro mi conducta. Quizás una atroz

calumnia..... pero, de donde? Sí al menos, se tomaran el trabajo de hacerme algún reproche para orientarme; mas, no se dignan siquiera de averiguar la verdad.

—Al paso que vas, me voy á poner á llorar, contemplando tu desventura. ¡¡Animo!! y yo te juro que en cuanto nos pongan en libertad, me dedicaré á descifrar ese misterio, y si no soy un imbécil, como en realidad no lo soy, en un sólo día sabrás el motivo y el remedio de tus penas. Mientras tanto ayúdame á leer mi correspondencia.

Al pronunciar esa última frase Julio rompió la cubierta de una carta de Andres Cordon que leyó en alta voz:

«Respetable y querido señor don Julio. Yo soy un pobre diablo, según parece, y demasiado sencillo, pero no soy malo. Mi corazón es bueno, dicen, más mi cabeza es pequeña, según algunos. Y así debe ser, puesto que he causado sin intención, algunos sinsabores á personas á quien sólo les desearía dichas y venturas.

Espero que la sincera confesión de mis tonteras, merezca su perdón y el del señor Delgado.

Ayer fuí llamado á declarar ante un juez militar, y casi me desmayo del susto, cuando ví que habían tomado á lo serio una chanza que



hice á un compañero de oficina Yo no podía figurarme que tan graves consecuencias tuviera mi estúpida conversación. Yo pienso que ya se habrá conocido la verdad, después que declaré bajo juramento lo acaecido y solicito pues, humildemente su perdón, y que olviden mi miserable conducta. No me he atrevido á presentarme personalmente, porque la vergüenza y la pena que siento me lo impiden; por esto le escribo y le ofrezco la enmienda y todos mis respetos.—*Andrés Cordon.*

Concluyendo de leer la carta de Andrés estaban los dos amigos, cuando se presentó un edecán del Presidente. Saludó con respeto y dijo, que venía á acompañarlos á casa del Presidente quien los esperaba.

Julio comprendió que su arresto era concluído, pues la llamada del primer Magistrado de la nación no podía tener otro objeto que el de presentarles sus excusas por la injusta prisión que habían sufrido. Delgado pensaba lo contrario, dejándose arrastrar por su pesimismo habitual. Se vistieron, arreglaron sus papeles, y partieron.

## XV

Sabido es que en San José, capital de la

República se ha gozado siempre de más libertad y tranquilidad que en las provincias. Eso proviene de que se está más cerca de las autoridades supremas, por aquel principio que no falta nunca, de que en mayor categoría se encuentra más cortesanía y menos afectación é imposición de parte de las autoridades. El policía es casi siempre grosero y malcriado. El jefe de ese cuerpo es mucho mejor educado y cortés. Ya el Gobernador es casi siempre un sujeto de importancia que procura dulcificar sus órdenes. Sigue el ministro que con rarísimas excepciones es persona de la alta clase, que saluda y trata á los ciudadanos como á iguales. Por último, viene el Presidente, y en él se encuentra la suprema civilidad y buen tono. Su trato es ameno y aún en casos en que la necesidad los obliga á ser duros, lo son en el fondo, no en la forma. Mas, como en las provincias, no existen empleados de los cuerpos supremos, natural es que el trato con ellos, deje mucho que desear.

En el caso presente, el primer Magistrado gastó una amabilidad y cortesía inesperada, dados los antecedentes. Después que les hubo estrechado la mano á Julio y á Roberto les manifestó su profunda pena por haberlos molestado injustamente. Les mostró el proceso para hacerles ver las presunciones é indicios enga-

ñosos que parecían complicarlos en proyectos de mal género.

Los dos amigos se inclinaron silenciosos, y sólo preguntaron si podían retirarse en libertad. Con la contestación afirmativa del Presidente, se despidieron. En la puerta se les invitó á tomar el carruaje presidencial que estacionaba en la calle; más no aceptaron y continuaron á pie.

Julio y Roberto eran amigos personales y adictos al gobernante, porque lo creían justo y honrado. Pero, desde que sufrieron el injusto arresto de que hemos dado cuenta, no volvieron á visitar ni á defender aquella administración que con tanta facilidad y tan falso criterio, introducía la alarma y el mal estar en sus familias.

Generalmente es así como se forman las malas voluntades contra los que mandan. Los amigos demasiado celosos, ó los pretendientes que desean ameritarse, se empeñan en infundir sospechas contra todo individuo conspícuo ó de elevada posición. El mandatario concluye por ofenderlos y enajenarse sus opiniones. De este modo los miserables que rodean al presidente, logran dos objetos: engrandecerse en el ánimo de éste y reducir el número de sus rivales. Por lo común el cambio es desfavorable y el resultado final rodear al gobernante de nulidades y de fuerzas microscópicas. Lo cierto del caso es que ese procedimiento convierte á los

amigos y á los indiferentes en enemigos ó mal querientes.

## XVI

En casa de don Roque, reinan desde que entraron en prisión Julio y Roberto un silencio y tristeza de convento. Doña Ines pasa horas enteras en oración en su cuarto, ante la imagen de una Virgen de Dolores. Don Roque habla disparates contra el gobierno por sus actos dictatoriales, pues tiene grande aprecio por Julio Espinosa. Los celos con Rakoski no disminuyen. En el cumpleaños de doña Inés, el Polaco la obsequió con un alfiler de brillantes en forma de pluma. Los conocedores lo avaluaron en mil quinientos pesos. El celoso marido, había dicho á Puk que llevó el regalo, que no lo aceptaba; que era bastante rico para no necesitar de sus diamantes. Mas la señora roja de vergüenza de semejante grosera acción, mandó dar las gracias y guardó el alfiler, regalando á Puk un billete de cinco pesos.

Lo contrario sucedió con el regalo de Julio, que consistía en un enorme ramo enlazado con una cadena de oro y perlas. Don Roque admiró y aceptó el ramo diciéndole á su mujer que eso era buen gusto y elegante obsequio. Delgado, pobre, sólo mandó un ramo sencillo y barato.

Narcisa, la criada de los Escoto dió á doña Inés un monumental Kake, fabricado por ella misma y una tarjeta de Elena Escoto.

La víctima de don Roque quedó unos momentos sólo y cerró la puerta de su cuarto. Una vez segura de que no la veían, abrió un cofrecito de bronce que bajo llave guardaba en su escritorio. Del cofrecito sacó una fotografía, que contempló y besó muchas veces, al mismo tiempo que dos gruesas lágrimas se resbalaban de sus ojos á su cuello. Sólo ella conocía la existencia de aquel retrato doble, pues de un lado representaba un elegante mozo y del otro un precioso niño como de dos años de edad. Ocupada en tan íntimas demostraciones de amistad..... de amor..... ó de dolor, fué interrumpida por un ruidoso golpe á la puerta de su cuarto, la que cediendo al empuje se abrió y apareció don Roque retinto como un tomate y se abalanzó sobre el retrato que Inés tenía en la mano. Por el hueco de la llave se estaba observando, le dijo el badulaque marido. De seguro que ese es el retrato de Rakoski; larga, larga, infame. Inés le mostró el cuadro por el lado del niño, y el imbécil en su vista soltó una carcajada y se propuso cubrir de besos la cara de su mujer; más ésta lo rechazó y guardando el cuadrito, preguntó á don Roque, ¿porqué suponía que el retrato de aquel niño fuera el de Rakoski? Per-

dóname dueña mía, pero ya sabes que ese Polaco tiene el poder de irritar mi sangre y desarrollar mis celos. Ese niño, tiene un aire á Julio Espinosa, ese sí que es guapo muchacho; si por mi fuera lo alojaría en mi casa, tanto me complace y divierte su conversación. A propósito de Julio, sabes lo que se dice. ¿Pues se corre que está perdidamente enamorado de una mujer casada? ¡pobre marido! Inesita, ¿no es verdad?..... Hum, habrá cornamenta, menta, menta ¡ija, ja, ja!

Al oír á su estúpido marido delirar de un modo tan ridículo, un color se le iba y otro se le venía á la pobre mujer. Cállese don Roque, exclamó, no sea tan ligero en sus juicios. No basta que un hombre esté enamorado de una mujer casada; no es suficiente tampoco que esa mujer le corresponda. De casos como éste está el mundo lleno; pero entiendo que para que esos sentimientos pasen del estado platónico, al de los hechos, es necesario que Satanás intervenga y Dios haya abandonado á los débiles y desgraciados, que tal son los que tienen la desgracia de ser víctimas de amores ilegítimos.

## XVII

*Mi querida amiga.—Paris.*

Salud querida y nunca olvidada compañe-

ra de mis dulces años de colegio. Sí, ¡cuán dulces y suaves me parecen aquellos días que pasábamos juntas en la prisión, con nuestros corazones en paz y nuestras almas en el eter transparente de las ilusiones sin mezcla de siniestras realidades!

¡Si me vieras, amiga mía, no me conocerías! ¡Soy inmensamente desgraciada! ¿l'or qué? me preguntarás, porque siendo poseedora de todos los elementos que constituyen la dicha, no soy más que una sufre dolores. En efecto; soy rica; los hombres dicen que soy bella y simpática, y las mujeres me muerden con plenos dientes, prueba de que en realidad no soy una cualquiera; mi familia es de lo mejor y bien parado de este país; gozo de salud cabal. Todo eso dícese que hace á las gentes dichosas y felices. Sin embargo, yo no soy más que un ser abandonado de Dios; mis pensamientos son nubes que amontonan lágrimas, y mis días transcurren entre suspiros y deseos de concluir con esta escena en que represento el papel más desairado. En medio de la sociedad que baila, canta, conversa y ríe, yo parezco una creación solitaria, para quien son inútiles los sentidos y el cerebro. No necesito decirte la causa de todos mis males. Ya te he confesado cómo he sido presa de una pasión devoradora, de un amor profundo, infinito, sentimiento exclusivo que domina

mi alma y mi corazón. ¡Amo á Julio Espinosa! lo amo con la ceguedad é irreflexión que son consecuencia de los grandes afectos, no correspondidos, ni siquiera notados. Para Julio soy yo una de tantas muchachas sin espíritu ni valor alguno. Mi presencia es para él como la de un lápiz ó una pluma, mientras que cuando yo lo veo, un estremecimiento eléctrico, involuntario, tanto en lo físico como en lo moral, me transforma y desvanece. Mas, nada sería la idea de no ser amada, si no aumentara mi tormento, la convicción de que él adora á otra mujer, á una dama casada, que indudablemente le corresponde. Verdad es que ella es casi tan desgraciada como yo, porque no puede honradamente amarlo, teniendo un dueño y señor que se lo impide; pero yo cambiaría mi posición por la de ella, porque ella es amada y yo no lo soy. A veces, me sorprenden ciertos sentimientos desconocidos que no puedo analizar, y es que en presencia de Julio, desaparece á veces mi pasión de amor, asemejándose al cariño fraternal ¿por qué esos contrastes? ¡Misterio!! ¡Misterio!!

¿Te acuerdas de Florencia, la mojoneña que salvó á Julio del incendio, cuando recién nacido, ardió el hotel Minerva en Roma? Pues esa leal servidora está en camino de otra mejor vida. Agoniza hace algunos días, y ha manifestado su intención de hacer algunas revelaciones



de mucha gravedad, para lo cual pide que se acerquen á su lecho mortuorio los representantes de las familias Rosales y Espinosa. ¿Qué tendrá que revelarnos?

Concluyo esta fastidiosa confesión de mis desvaríos, enviándote mil besos.—*Delfina Rosales.*

## XVIII

*Mi Delfina:*

¡Pobre amiga mía, cómo hacen brotar lágrimas tus tristes cartas!

¡Si supieras con cuanto interés sigo y procuro estar al cabo de ese drama múltiple que se desarrolla en ese nuevo mundo, donde todo es grande como sus montañas y volcanes! A veces pierdo el hilo de los acontecimientos, y es cuando te olvidas de mí, y guardas tus penas para sufrirlas callada. Véamos pues si estoy ó no en lo cierto. Voy á reasumir la escena tal como la entiendo. Si me equivoco, indícame y señálame el error.

Llegas á tu país seguida de una especie de Oso Polaco, muy rico; pero excéntrico. Te fastidias en tu ciudad natal mientras amas las flores, los pajarillos y las puestas de sol, mas no á un ser humano de tu especie. Conoces á Julio Espinosa y este arrogante León te hace

olvidar los pájaros y las flores. El no te ama; en vez de ser razonable y adorarte, se enamora de una dama casada, de doña Inés..... marchita flor que corresponde quizás á ese ilegítimo amor pero que oculta lo que no puede ni debe esperar de esa pasión.

Don Roque, que no ama á su mujer, pero que la cela por vanidad, se empeña en que su enemigo natural es Rakoski, mientras que se arroja gozoso en brazos de Julio, su verdadero rival.

En otra parte tenemos á Elena Escoto, aristocrática figura que enaltece más su posición mientras es más abatida por la mala fortuna. Esta severa beldad, ama con toda su alma al amigo de Julio, Roberto Delgado, simpático joven, que tiene todo cuanto nosotras las mujeres exigimos del que deseamos hacer nuestro marido. Y tú, mi linda amiga mueres de amor por el famoso Julio. ¿Es así el enredo? Tuya,—

*Mlle. Roqueval.*

## XIX

La estúpida charla de Andrés Cordón, repitiendo ante Elena lo que no había oído, alarmó su corazón y aún su amor propio, pues

Cordón, aseguraba que Delgado había dicho que no se casaría jamás si no era con Delfina Rosales; cosa que no se le ha ocurrido al fiel amante de la enamorada Elena. Mas, como Roberto no sabe ni puede adivinar el motivo de la súbita frialdad de su prometida, será preciso que el acaso, ese Dios de los amantes, se lo haga conocer. Julio Espinosa, por experiencia y conocimiento práctico que tiene de las manías de Andrés, ha sospechado que en ese mal entendido hay algo de ese mequetrefe. Así se explica como desde que salió de la prisión se dirigieron á Elena, á quien quería y estimaba en extremo, dándole cuenta de la tristeza de Roberto por su repentina frialdad y aún de desdén, que ella no podía reprimir. Elena que veía en Julio un amigo común, sincero y leal, le contó lo que había pasado. Espinosa la interrumpió con una carcajada al oír el nombre de Cordón, jurándole que era una pura invención el dicho de Roberto; invención que le constaba porque él, Julio, estaba presente cuando Andrés, afirmó que tal expresión soltara Delgado. Según iba comprendiendo Elena que en realidad, todo era una bola de jabón, los colores le volvieron á su lindo rostro y la felicidad apresuraba los latidos de su corazón. Quedó pues dorada aquella nube y todo volvió al estado normal. He aquí, querida Delfina, reasumida la situación tal como yo la

he sabido por tus cartas. Lo que me alarma con razón es, ¿en qué pararan todos esos dramas domésticos, cuando el transcurso del tiempo los haya llevado á una solución cualquiera? Esperemos, y no economices tus adorables cartitas. Piensa que estoy en el caso del que lee una novela sensacional y quiere saber el fin de los actores; esto sin perjuicio del interés verdadero que tú y los demás personajes de la obra me merecen. Adiós, y *au revoir*.—*Mlle. Roqueval*.

## XIX

El gobierno, en celebración del aniversario de la independencia, daba uno de esos bailes suntuosos y concurridos, que forman época en la vida de las bellas josefinas. Hemos asistido á algunos bailes en Europa y Estados Unidos, tanto públicos, como los del Hotel de Ville de París, como en casas de particulares opulentos, y en verdad, que nuestras fiestas de esa clase no perderían mucho en la comparación. Un poco más grandes los salones..... y nada más. Como buen gusto, elegancia y lujo de las señoras, nada extrañaría al más encopetado parisiense.

Pues bien, el baile de que ahora se trata ha puesto en movimiento á todas las modistas de San José, y ha hecho vender al comercio

más de cien mil pesos en sederías, plumas, etc. Si véis á una linda muchacha atravesar las calles á la carrera, asegurad que va donde la modista á tallarse el traje de baile. Si no os contesta el saludo, perdonadla, porque le faltó un metro del género que compró, y, por más que recorre las tiendas no encuentra como ajustar el corpiño.

Delfina Rosales y Elena Escoto habían pasado por esas horcas caudinas de las costureras, solo que Elena, por economía cosía ella misma su vestido y sólo iba donde las de la profesión para que le cortaran su traje.

Doña Inés aunque no era aficionada á bailes, sentía una fuerza desconocida que la empujaba á no faltar al del 15 de Septiembre. ¡Misterios del corazón!! Lo cierto es que tenía el *fiat* de su dueño y señor, pero con una condición que se debatió largamente entre ambos esposos. Don Roque la llevaría al baile si prometía no bailar con Rakoski. Pero don Roque, le decía Inés, ¿cómo haré, sin aparecer descortés y mal educada, en el caso de que ese señor me invite á bailar? Usted le dirá que ya está citada por otro. Y si en realidad no lo estoy, él verá que me quedo sentada y conocerá la superchería. No señora, se me ocurre un medio fácil para evitar esa dificultad, y es el siguiente: Yo tengo íntima amistad con Julio Espinosa;

es casi un hermano, y no tengo inconveniente en ponerlo al corriente del asunto. Ahora bien; suponga que se atreve el tal Polaco á invitarla; usted contesta que lo está ya, y caso de que no sea cierto, dirá que va á bailar con Julio; yo le aviso y él la sacará del apuro. No pudo menos doña Inés de sonreirse á pesar de su angelical carácter, y aunque el medio era de un..... candor sin igual, lo aceptó.

La primera vez que don Roque se encontró con Espinosa le comunicó su plan y le rogó que le hiciera ese *gran* servicio. Julio se lo ofreció, con tanta más facilidad cuanto que no pensaba bailar esa noche si no era en el caso de que lo necesitara doña Inés.

Andrés Cordón era muy apetecido por las buenas bailarinas porque era un maestro en el arte, al grado de que algunos observadores lo suponían discípulo legítimo de Terpsícore en su primera vida por lo cual nació casi bailando y siguió lo mismo. Como aquí se acostumbra *citar* muchos días antes del baile, sobre todo para la primera pieza ó paseo, Andrés había recorrido varias casas con programa en mano y lápiz en ristre. Mas, para la primera pieza no se cita á la primera venida, por una razón de gran peso y es que la inauguración de un baile debe hacerse con la *novia*. Cuestión de estado de terribles consecuencias es la falta á esa costumbre.

Cien lenguas á un tiempo se agitan sorprendidas cuando fulanita no baila la primera pieza con sutano, que es su cortejo, y de allí deducen que ha habido un *casus belli*, ó quizás un rompimiento definitivo. Así es que á Elena Escoto á nadie se le ocurría invitarla para el paseo por que eso correspondía de hecho y de derecho á Roberto Delgado. Entonces recordó Andrés que Delfina Rosales no tenía cortejo conocido, aunque la rodeaba una nube de mariposas vergonzantes, entre pollos, gallos y viejos solterones. Pero Delfina rehusó el honor que le brindaba Andrés, eso sí, dejándole la esperanza de obsesionarlo en el momento del *paseo*, si se determinaba á complacerlo; lo que no quería era un compromiso anticipado. ¿Por qué ese capricho? Aunque Delfina se moleste porque la hemos adivinado, fuerza es decir el secreto móvil de la bella patricia. ¡¡Quién sabe, se decía allá en su interior Delfina, quién sabe si á..... Julio se le antoja invitarme para la primera!! y en ese caso, comprometida con Andrés ó nó, claro es que lo dejaría con un palmo de narices y aceptaría la invitación de Julio. Lo cierto es que no se comprometió y conservó su libertad.

## XX

Desde la madrugada se despertaban los

pacíficos vecinos de San José con el estampido del cañón, que vomitaba truenos cada cinco minutos. En elogio de la metrópoli costarricense, no podemos menos de notar que el aniversario de la independencia, es celebrado con la menor cantidad posible de festividades; tal vez por habernos costado tan poco sacudir el yugo español. Lo cierto es que no pasamos de las salvas de cañón y de vez en cuando, de un baile, pero de lo que menos nos acordamos ese día es de nuestra pasada esclavitud. á pesar de que si algún pueblo de América ganó con la independencia, indudablemente fué Costa Rica; porque antes de gobernarnos nosotros mismos, éramos excesivamente pobres, casi miserables y apenas paladeamos la autonomía, nos transformamos dejando atrás á Guatemala, el Ecuador, Bolivia y otras Repúblicas á las cuales España dotó con grandes edificios para su culto y gobierno, con universidades y escuelas. Que nos perdone la franqueza nuestra madre Patria; pero así es como han pasado las cosas. Sin embargo el 15 de Septiembre á que nos referimos en esta historia no pudo quejarse de falta de fiestas y entusiasmo. Como en el día no ocurrió nada notable, lo dejaremos pasar y llegaremos á la noche. El palacio era esa noche digna morada de las sultanas de las *Mil y una noches*. Cubierto con un cielo



de manta el patio y convertido en salón en cuyo centro había una fuente que arrojaba ramilletes de agua coloreada por el reflejo de cinco mil farolillos de cristal daba espléndido golpe de vista. Los balcones, cubiertos de flores y banderas servían de cuadro á centenares de lindas mironas y de *antiguas jóvenes* que disponían apenas de la mitad de una silleta. A las 9 entró el Presidente con sus ministros, y la orquesta ejecutó el himno nacional.

En esta ocasión, como sucede siempre, se metieron de contrabando varios sujetos que no tenían invitación, pero sí fuertes tentaciones, no de ver bailar, ni de oír la música, si no de cenar bien, y llevarse en los bolsillos cuanto pudiera haberles en materia de pasteles, pavos asados, confites y cigarros habanos.

La orquesta ejecuta la obertura de Semíramis de Rossini, y una nube de novios ó cortejos se abalanza á las hileras de elegantísimas mujeres que adornan el salón. Ya Roberto Delgado, del brazo de Elena Escoto, se pasea y..... ambos dejan la tierra y se elevan á las regiones que el amor colora con sus divinos destellos..... y aquellos dos seres, saturados de los dulces ensueños del primer amor, se olvidan del mundo y se pierden en desconocidas venturas que el encuentro de sus miradas produce en su corazón. Siguen Delfina y Andrés Cor-

dón, que fué aceptado á última hora, cuando ella vió pasar á Julio, acompañado de doña Inés. Él, triste, ella serena y con los ojos bajos. Observemos esta pareja que parece tan profundamente impresionada. El brazo de Inés temblaba, y el de Julio respondía con estremecimientos repetidos. Al cabo de algunos minutos de silencio, Espinosa miró á Inés á tiempo que ella, también silenciosa lo miraba. Sus ojos se encontraron con una expresión tal de ternura y de tristeza que á un mismo tiempo se humedecieron sus pupilas. Julio con emoción indescriptible, exclamó: ¡Cuanto la amo!

Inés con voz tan apagada que casi no se oía le contestó: Dios dispone los acontecimientos según su voluntad! Es muy triste para mí no poderlo amar como quisiera.

—No es Dios quien tales leyes ha dado; son los hombres, la sociedad los que con sus costumbres han hecho posible la separación de dos almas que se entienden. La naturaleza ó lo que es lo mismo el Creador, no se complacería en el tormento de los que se abandonan al más sublime de los sentimientos del corazón. La ley natural consiste en que la mujer sea del que ama y de quien es amada.

—Julio, hágame el favor de llevarme á mi silla, me siento desfallecer.....

Espinosa, asustado, y temeroso de que no

podiera Inés llegar hasta su asiento, la colocó en un sofá y corrió á pedir un vaso de esencia á Elena Escoto. Pronto volvió con el precioso confortante que Inés aspiró con delicia. Poco á poco volvieron los naturales matices á su rostro. En ese momento se acercó Rakoski, saludó cortesmente y le pidió una contradanza á Inés. Esta, según el convenio con don Roque, le manifestó que estaba comprometida la contradanza con Julio. Pero, insistió Rakoski, me dará Ud. las primeras cuadrillas. También pertenecen á Espinosa, contestó Inés. Entonces me reservará usted el primer vals. Imposible era rehusar tantas veces, pues hubiera sido ridículo y fuera de todos los usos el que una señora casada hubiera comprometido tres piezas con un joven soltero.

Más la idea del escándalo que don Roque haría cuando viera á su esposa bailando con el Polaco, alarmó á Inés al grado que determinó retirarse del baile. Iba á realizar su pensamiento, cuando la orquesta comenzó á ejecutar un precioso vals de Waldteufel. La suerte estaba echada y así es que se levantó y tomó el brazo de Rakoski. Apenas habían dado algunas vueltas, don Roque furioso casi congestionado se dirigió á Espinosa y le dijo que iba á arrebatár á Inés del brazo del Polaco, cualquiera que fueran las consecuencias de su

acción. Julio se propuso disuadir á aquel enérgico, mas nada consiguió, ni aún haciéndole ver que ese insulto le costaría la vida, pues Rakoski no era hombre que sufriera esas afrentas. ¿Cree usted de veras que ese animal de Polaco me cite en duelo porque uso de mi derecho? ¡Claro está, contestó Julio. En primer lugar no tiene usted el derecho de ser mal criado, y aunque lo tuviera, no se escapa de una bala ó del filo de su espada. La cólera de don Roque se enfrió considerablemente en la expectativa de un balazo ó una herida mortal de sable ó espadín. Viéndolo bien, replicó don Roque, el vals no se presta para diálogos amorosos por la agitación que produce, y al fin y al cabo quien me las pagará será Inés. Al escuchar semejante amenaza, Julio retorciéndole el brazo con furor le hizo ver la cobardía de su proceder, tanto más cuanto que ella había hecho lo posible para evitar la compañía de Rakoski; entonces le refirió lo que había pasado entre ellos, asegurándole que Inés había cedido con disgusto y á su pesar á las incitaciones del Polaco.—¿Y tú por qué no bailaste ese vals con mi mujer?—Porque ya había ella dicho que me pertenecía en las cuadrillas y contradanza.—Poco hubiera importado que tú bailaras con ella, no digo dos, cuatro y cinco veces seguidas. Lo que el público murmure por eso,

me es indiferente, mientras que el tal Rakoski; ¡ay amigo, á mi no me la pega mujer alguna! Yo sé lo que me sé y nunca me equivoco en mis sospechas. Estaba de Dios que Rakoski no tenía fortuna con don Roque, pues al pasar cerca de él y de Julio, le dió un fuerte estrujón con el codo, debido á la velocidad del vals. ¡¡Maldito macho que no ve lo que hace!! exclamó indignado el marido de Inés. Dichosamente que á renglón seguido pasaba una pareja que hizo igual injuria á don Roque, pues éste aturrido se colocaba siempre en la línea que llevaban los bailadores.

En este estado las cosas, de comedia y sainete, la situación fue trágica repentinamente, pues la cólera de don Roque en un grado que ya no podía soportarla le produjo un ataque de sangre que tres veces habíale puesto en peligro la vida: cayó sobre unas sillas con la cara casi negra arrojando una especie de espuma roja por la boca. Claro está que el valse se suspendió, y ya no se trató más que de llevarse el enfermo á un cuarto del Palacio, donde dos médicos lo asistieron. Poco á poco mejoró, aunque no del todo, pero sí lo bastante para poder ser transportado en un carruaje á su casa. Al llegar á su cuarto le repitió el ataque, y el resto de la noche se pasó en vela en su casa, saliendo y entrando médicos. Delfina, Elena Escoto,

Julio, Roberto y Rakoski acompañaban á la pobre Inés; esto, después que se desvistieron, cambiándose el traje por el de uso diario. El diagnóstico de la ciencia era fatal; Inés quedaría viuda antes de veinticuatro horas.

En esos casos es cuando Andrés Cerdón se transforma constituyéndose en sirviente activo é inteligente. La noche del 15 la pasó haciendo mandados, llevando las recetas á las boticas, buscando unos limones en solares solitarios, obligando al vendedor de hielo á levantarse y proveerlo á las tres de la mañana. En una palabra, todas sus sandeces quedaban perdonadas y olvidadas con sus oportunos servicios.

## XXI

A las siete de la mañana del 16 de Septiembre, don Roque había pagado á la naturaleza la gran deuda de todo sér que nace: don Roque había muerto.

Inés guardó un luto severo. Vestida de negro pasó todo un año, sin salir casi de su cuarto. Ella se debía esa conducta á sí misma. Julio no fue recibido por Inés en las primeras semanas después de la muerte de su esposo, más tarde lo recibió en público; pero negándose

á oír toda manifestación de amor. No fue si nó ocho meses después de la catástrofe del 15 que sus oídos fueron sensibles á las apasionadas declaraciones de Espinosa; pero sin permitir ni por un momento la idea de un nuevo enlace. ¡Paciencia y esperanza! eran sus respuestas al fogoso Julio.

Mientras tanto, otra defunción, aunque en muy diferente escala social, vino á despertar la curiosidad de algunas familias: la de Florencia, la criada de los Espinosa, que los acompañó á Europa y que salvó al hijo de su patrón, en la terrible noche en que se incendió el hotel de Minerva en Roma. Esta muchacha de un carácter ligero y propenso á la risa y á la chanza, se transformó completamente después de la noche fatal. En vez de felicitarse y gozar del bien que había hecho, salvando la vida del hijo de sus patronos, se convirtió desde esa fecha en un ente triste, serio y de pocas palabras. Luego se hizo devota y sin ser vieja, una dispepsia rebelde la condujo al sepulcro; pero antes de morir llamó á un notario público, ante quien hizo constar su testamento escrito y cerrado con las formas legales. Según la ley, este funcionario, sin leer el documento lo envolvió en un pliego de papel sellado, lo lacró y selló. Concluido el acto, Florencia hizo llamar á Julio Espinosa, le entregó el testamento y le encargó,

que luego que ella muriera lo hiciese abrir, y que allí encontraría la revelación de un secreto de la mayor importancia para él y la familia.

Dos días después, exhaló Florencia su último suspiro y fue enterrada en el cementerio público.—Julio Espinosa que no era curioso, no se apresuró á hacer abrir el testamento de Florencia, ocupado como estaba por un proyecto de excursión al Irazú, invitado por Rakoski, y dejó para la vuelta la apertura del documento. Nosotros haremos lo mismo relatando antes las peripecias de ese paseo, el más agradable que puede hacerse en Costa Rica.

## XXII

La fuerza del éter azul que forma nuestro techo celeste en el mes de Enero, sugirió á Rakoski, la idea de ver una salida de sol en el Atlántico y una puesta del grande astro en el Pacífico. Treinta tarjetas de invitación dirigió, entre otras á Julio Espinosa, don Julián Rosales y Delfina su hija, don Juan Escoto y su familia, Roberto Delgado y dona Inés de Alvarez. Desde un mes antes se preparaba la tienda de campaña que debía albergar á los cuarenta ó cincuenta convidados, en la cúspide ó parte más elevada de la montaña que forma el círculo



que rodea el volcán. Numerosos obreros, bajo la dirección de un alemán semi-ingeniero, se ocuparon en la construcción del albergue, que contenía un dormitorio doble, un comedor y una cocina, con su horno y chimenea para calentar la habitación. Más de veinte cajas de comestibles se condujeron con mulas á la helada orilla del cráter. Toda clase de vinos y licores, alimentos, conservas en latas, cuatro grandes lámparas de petróleo, y montones de frazadas, blanquísimas sábanas, almohadas y colchones de plumas. Un sexteto bien elegido, debía ejecutar alegres y melodiosas sinfonías, durante el paseo que debía durar cosa de cinco días. Un cocinero italiano y un repostero francés se instalaron con anticipación en la morada de los invitados.

Un tren expreso, contratado por Rakoski llevó á los invitados á Cartago, en donde los esperaban toda especie de monturas, caballos de suave paso, potros de elegante trote, mulas, yeguas y dos asnos para las más tímidas y delicadas damas.

A las ocho de la mañana se reunieron en la estación los excursionistas. Almorzaron en Cartago en el Hotel Aguilar, y empezaron á las doce del día la ascensión del volcán, evitando pasar la noche en el trayecto, donde no había comodidades. A las cinco y media de la tarde

abordaron el campamento preparado. Las más cansadas se recogieron inmediatamente que llegaron; algunas señoras y casi todos los varones, se dedicaron á comer y beber viejos vinos y pescados recientemente atrapados de agua dulce, y después del café, al *pus* que lo confirma, y derrama la alegría y el buen humor.

Concluida la comida de los amos, siguió la de los criados. Puk no pudo reprimir ya sus sentimientos hacia Narcisa la veterana de los Escoto, quien no era indiferente á las sugerencias del hijo de la Nubia.

El sexteto compuesto de los mejores músicos de la capital, respetando el cansancio de todos y el sueño de los ya recogidos, no hizo uso de sus instrumentos, pero se le ordenó que á las cuatro de la mañana despertaran á los habitantes del Irazú con sus mejores sonatas.

La noche parecía un claro crepúsculo. Narcisa y Puk se quedaron conversando.

Yo nací, le decía Puk, en las riberas del Nilo blanco, más allá de las Cataratas, y pasé mi juventud en Kartoum. Así es que soy abisinio puro, y leal súbdito de Menelik. Era mayor de edad y aún no había oído el nombre de este país. El conocimiento con mi patrón fué novelesco y efecto de una peligrosa aventura que casi cuesta la vida al señor Rakoski. Trabajaba como obrero en una quinta de un rico

agricultor, y los días feriados los empleaba en cazar en una inmensa pradera que frecuentan los venados, los tigres y las panteras; pero más que todo las grandes bandadas de lobos. Una tarde me llamó la atención un grupo de estas últimas voraces fieras que aullaban, saltaban y se batían alrededor de un objeto, que al principio no pude distinguir; pero al acercarme comprendí que se trataba de un hombre que luchaba con los lobos. Sólo se le veía medio cuerpo fuera del suelo, y á un lado, su caballo que también rodeado por los lobos espiraba hecho pedazos. Mi carabina era una magnífica Winchester que contenía diez y ocho cartuchos. Envalentonado con mi terrible artillería, me acerqué haciendo fuego y matando dos y hasta tres animales con cada tiro. Solo quedaban ile- sos dos lobos que no quise matar por temor de herir al caballero que rodeaban. Los demás es- taban, ó en fuga precipitada ó muertos. Cuando el atacado señor se vió ante solo dos enemigos, saltó del hueco en que estaba y con su puñal acabó con las últimas dos fieras. Luego supe que cazando el señor Rakoski, viajero turista de los miles que suben el Nilo todos los años, había sido sorprendido por una bandada de más de veinte lobos. Como él conocía las costumbres de esos animales y sólo tenía un fusil Lafou- cheux, ensayó primero escapar á la carrera

de su caballo; así corriendo y tirando de vez en cuando á los que más de cerca tenía, esperaba llegar á la aldea donde ocupaba el cuarto de un hotel; más, repentinamente se embrocó el caballo en un hueco que ocultaban las altas yerbas; y él cayó en el fondo del pozo. En un momento, fueron caballero y montura rodeados por los lobos. Rakoski mataba, hería, espantaba, pero ya las fuerzas comenzaban á faltarle por la mucha sangre que perdía por las heridas recibidas.

Ya puedes figurarte cuán oportuna fué mi ayuda. El Mr. Rakoski quiso hacerme un gran regalo de dinero en recompensa de mis servicios mas yo rehusé sus ofertas y le manifesté que mi mejor recompensa sería que me admitiera como criado suyo y me llevara á viajar con él. Así lo hizo, y desde entonces lo sigo y sirvo con placer. Si no te hubiera conocido, Narcisa, habría seguido á mi querido patrón hasta el fin de mi existencia; pero, desde que te conocí, encontré una fuerza superior á la de mi patrón y eres tú, Narcisa, la más virtuosa, la más leal y fiel servidora de la desgracia.

Al concluir Puk con su historia, Narcisa le dijo: yo soy una pobre aldeana del Hatillo, hija de lavandera y nieta de aplanchadora; si te basta mi aprecio y estimación sin acompañamiento de amor aquí me tienes. Mas si tú

pretendes ser amado no quiero engañarte; no te amo: solo te estimo y aprecio.

Cuando los dos sirvientes se retiraron á sus camas, el himeneo enlazaba con sus promesas á los dos fieles criados.

A las cuatro y media de la madrugada, el sexteto preludiaba alegres sinfonías. Los huéspedes de Rakoski se despertaron y vistieron para contemplar la salida del sol en las lejanas playas del Atlántico. Un bien atizado fuego en el centro de la tienda, calentaba á los friolentos habitantes de las cimas. Se sirvió el café y todos salieron á contemplar el nacimiento del día.

Los que han presenciado ese grandioso y bello espectáculo, no necesitan de que lo pintemos, y para los que no lo han visto, inútil sería su descripción, porque tales manifestaciones de la naturaleza, escapan á mi mal cortada pluma. Todos los excursionistas, extáticos, contemplaban el nacimiento del nuevo día. Andrés Córdón era el único que no se ocupaba del sol porque su corbata no se prestaba á la formación del nudo ó lazo de última moda; así es que lo hacía y deshacía ante un pequeño espejo. Cuando concluyó de arreglarse, había concluido la lenta y magestuosa aparición del sol.

Rakoski dando el brazo á Delfina, Espinosa á doña Inés y Elena Escoto á Delgado,

se desbandaron, bajando unos los primeros callejones del cráter del volcán, y siguiendo otros la parte más alta. Sólo el cónsul inglés (que era uno de los invitados) y el cónsul general de Chile, que llegó en esa madrugada, recorrían con sus binóculos de largo alcance, las localidades que rodean el volcán.

Para el público josefino, el próximo enlace de Julio Espinosa con la interesante viuda de don Roque, era un hecho. Se decía igual cosa de Roberto y Elena Escoto. Hablando del matrimonio, del amor y de la amistad, se paseaban Delfina y Rakoski. Sólo faltamos nosotros, exclamó éste, en tono de chanza, pues todo convida al himeneo, hasta Puk, mi sirviente se casará con Narcisa, según me lo ha dicho esta madrugada.

Pues, para que no faltemos contestó Delfina, en el mismo tono ligero y acompañado de una sonrisa, que ya era más bien risa, señalemos una misma hora y un mismo día para que esas cuatro parejas se pongan en gracia de Dios.

—Delfina, agregó el Polaco con gran seriedad, usted no tiene hermanos, pues el único fue víctima de la catástrofe del hotel Minerva en Roma.

—Efectivamente soy hija única por desgracia, pues nada me sería más grato, que tener

un hermano, que me quisiera con el desinteresado y santo amor que sólo es posible entre varón y mujer, cuando ambos han sido el objeto de las caricias de una madre común. Se me dirá que también es santo y puro el cariño del padre por la hija y el del hijo por la madre, pero en ese amor no hay completa igualdad; el respeto y la gratitud al progenitor, y el deber de protección al descendiente hacen que esas afecciones sean complejas, mientras que en la amistad fraternal, todo está nivelado, se quiere al hermano porque se le quiere....

—Aunque no soy del todo de su modo de pensar, añadió Rakoski, sí creo que el cariño fraternal es el más democrático de los amores humanos. Ahora bien señorita Piccolina, estoy en el caso de hacer un milagro; pero quiero ser pagado lujosamente de mi omnipotencia usada en provecho suyo. ¿Qué me daría usted, Piccolina, si yo le diera un hermano de padre y madre; un hermano simpático, inteligente, buen mozo, de grande y bello corazón y de finísima educación? Delfina riéndose le contestó, que no pondría límites á su gratitud y por consiguiente, que pidiera todo lo que humanamente estuviera en su poder y ella lo concedería.

Aceptada la proposición. En cambio de un hermano de carne y hueso, vivo y efectivo, pido

la mano de Piccolina de modo que formemos un cuarteto de matrimonios, el día que fijaremos. Juro por mi honor, que no me chanceo ni me burlo de Ud., Piccolina. Que lo que le ofrezco lo tendrá usted dentro de una semana. Jure usted, á su vez, que será pronto madama Rakoski.

Delfina en tono cómico, levantó el brazo, y dijo sonriendo: *Juro.*

### XXIII

Una semana después del paseo al Volcán del Irazú, se reunían en casa de Rosales, Julio Espinosa, Rakoski, Roberto Delgado y el juez que debía abrir el testamento de Florencia, la criada que fue de los Espinosa. Ahora sabremos porqué deseaba la testadora que al leer su última disposición, estuvieren presentes esas personas. El juez comenzó, después de las formalidades de ley, á leer en voz alta y reposada lo que sigue:

«En el nombre del Padre, del hijo y del Espíritu Santo. Nací en Orosí, de Cartago; nada dejo en materia de bienes de fortuna, porque nunca he tenido más que el salario que mis patronos me pagaban; y ese salario apenas alcanzaba para subvenir á mis diarias necesidades. ¡¡Ojalá pue tampoco dejara otras cosas,



que pesan sobre mi conciencia!! pero desgraciadamente no es así, y el principal y único objeto de este testamento, es la revelación de un secreto, que ha amargado mi existencia. Que me perdone el señor Rosales, y el difunto señor Espinosa; pero á ellos y á sus esposas, sin mala intención los he hecho víctimas de una falsedad. Con remordimientos terribles escribo estas líneas; mas, como es irremediable el mal que he causado, Dios me dará el valor de consignar aquí mi delito. Es el caso, que la noche que se incendió el hotel Minerva en Roma, en ocasión que mi señora doña Adelaida Rincón de Espinosa la (q. e. p. d.) amamantaba un niño que había dado á luz la víspera, también dió á luz doña Elisa Río Seco de Rosales otro niño en los momentos en que el humo casi la axfixiaba. Esta señora no vió á su hijo porque la emoción del incendio y del parto le causó un desmayo que duró más de dos horas. Yo tenía un grandísimo temor á mi patrón, al mismo tiempo que lo amaba y veneraba, porque tenía un carácter muy fuerte y fácil de encolerizarse. El niño nacido la víspera, hijo de Espinosa apareció carbonizado. En el barullo y los desórdenes de aquella noche siniestra, no se pudieron averiguar los detalles de esa desgracia. Sólo supimos que un criado del hotel entró apresuradamente al cuarto de la enferma y arrebató al niño, pues

hubo quien le vió pasar corriendo con él en los brazos; mas como el referido criado fue uno de los que perecieron esa noche, se presume que las llamas envolvieran al generoso sirviente con su preciosa carga. Yo, media loca de terror, no encontré al recién nacido al lado de su mamá, y salí pasando por el cuarto contiguo, donde encontré á doña Elisa de Rosales sin conocimiento, desmayada, y á un niño que acababa de nacer, y gritaba á más no poder. El cielo, ó más bien el infierno me sugirió una idea, pensando en la severidad de mi patrón, y fué, la de tomar el nuevo infante y sacarlo del cuarto. Digo el infierno porque una vez en el patio, ya fuera de peligro se me ocurrió hacer pasar al recién nacido como hijo de mi patrón, y con esa falsedad, escapar á los reproches del señor Espinosa. Así lo hice. Ya en una casa vecina, mi señora comenzaba á volver en sí y á reponerse de las terribles impresiones del incendio. Aquí tiene, le dije, á su querido niño sano y salvo, y se lo puse en sus brazos. Ella que apenas se había fijado en las facciones del verdadero hijo suyo, no tuvo ni la más ligera sospecha de que daba de mamar al hijo de doña Elisa de Rosales. Esta infeliz víctima de mi superchería, lloró largo tiempo la supuesta muerte de su niño y doña Adelaida de Espinosa, crió y educó á un extraño, que hoy es el apreciable joven don

Julio Espinosa. Dos años más tarde, doña Elisa tuvo un segundo hijo á quien se bautizó con el nombre de Delfina. Julio Espinosa pues, y Delfina Rosales son hermanos de padre y madre.....»

Cuando la lectura iba en ese estado, dos gritos de diferente especie resonaron, y los dos jóvenes se avalanzaron uno hacia el otro, dándose fuertes abrazos y cubiertos de lágrimas, exclamaban: ¡¡Hermano mío, mi querido hermano!!— ¡¡Hermana de mi alma, gracias, Dios mío por el *don* precioso que recibo!! ¡¡Hermana mía, algo me decía el corazón, Delfina!!

Hemos dicho que los gritos producidos por la revelación de su fraternidad eran de diferente especie. Y en realidad, así tenía que ser. De parte de Julio, una exclamación pura de placer, de gratitud al Creador. No podía ser la misma la impresión de Delfina. Para ella, la noticia fué un rayo destructor que reducía á cenizas sus afecciones elevadas á pasión; pero pasión de amor; de ese amor exclusivo, invasor, que aísla en el mundo al sér que lo siente; amor á la belleza, á la elegancia, á la gracia de un hombre, mientras que Julio sólo era solicitado por un sentimiento que admite concurrentes; por un cariño que admite participación de otros cariños. En una palabra, la nueva parienta que el destino daba á Julio, era la bienve-

nida, el complemento de la felicidad. Para Delfina, el hermano hacía desaparecer al amante. Julio Rosales vivía sobre la tumba de Julio Espinosa!

Lo que escapa á todo análisis es, la situación de don Juan Espinosa, padre de Julio hasta aquí, y un extraño en adelante, pues, por lo que hace á la señora doña Adelaida Rincón, ya había pagado el tributo á la muerte, y vivió en la ilusión de ser madre de Julio. —Y ¿qué diremos de don Julián Rosales y su esposa doña Elisa Río Seco? Para ellos todo fue satisfacción y contento, pues lejos de perder una hija, ganaban un hijo.

Delfina, pálida como un cadáver, no podía fingir un placer que no sentía. Un silencio tenaz, una melancolía de todas las horas, fue el resultado del rayo que le cayó... No se explicaban sus deudos y amigos esa tristeza continua, después de un acontecimiento que debía producir efectos diferentes. Tan notado fue ese contraste, que nuestro amigo Rakoski, no se atrevió á reclamar su recompensa. Esperó que el tiempo suavizara aquella misteriosa herida, y para no fastidiarse, emprendió un viaje al territorio de los Guatusos. Nosotros haremos lo mismo; y esperaremos su vuelta, para continuar la relación de sus aventuras.

XXIV

San José de Costa Rica

*Señora doña Ana Worzinsky.—London.*

Mucho tiempo hace que espero tus cartas: ¿qué es lo que pasa? Y puesto que no leo nada tuyo, tú leerás algo mío; más que algo, *algunos* como decía Sancho Panza. Los grandes dramas no necesitan de grandes escenas, y aquí tienes la prueba. Esto es muy pequeño, microscópico y sin embargo mira cuanto ha ocurrido.—Recordarás que me atrajo á este país, el capricho de seguir una familia costarricense compuesta del papá, don Juan Espinosa; de la mamá, doña Adelaida Rincón, y de una hija adorable, llamada Delfina, á quien yo doy el nombre de Piccolina. ¿Podía sospechar siquiera que aquella niña risueña, burlona y ligera de alma estaba destinada á ser la víctima de pasiones desastrosas y homicidas? ¡¡Tantas muchachas que viven y mueren tranquilas, sin grandes dichas, más también sin grandes infortunios!! No ha sido esa la suerte de mi pobre Piccolina. Pero para que comprendas el misterio de ese drama; te diré, que sin solicitarlo, conocí un

secreto que si hubiera sido bien guardado, quizás habría sepultado en su misma tumba las consecuencias desgraciadas de haberlo publicado. Antes de relatar el hecho, voy á contarte como vino á mi conocimiento.

Puk, mi sirviente, aquel Nubiano á quien debo la vida, cuando estuve á punto de ser devorado por los lobos en las riberas del Nilo Blanco, Puk, digo se enamoró de la criada de una buena familia, y ella misma es una generosa criatura. Como los enamorados no tienen secretos, Puk vació su almacén de aventuras en la que él creía que sería algún día su esposa. En cambio Narcisa, la criada susodicha recompensó la confianza de Puk, contándole al oído, y con mil recomendaciones de no divulgarlo, el secreto que otra criada, llamada Florencia, le había depositado en el seno de la amistad. Ahora bien, Florencia, es la sirvienta que la familia de Espinosa llevó á Europa. Una noche, en momentos en que todos dormían en el hotel Minerva en Roma, se incendió el edificio, causando la muerte, entre otros, de un niño nacido la víspera, y que era el primogénito de don Juan Espinosa. En los momentos en que se desarrollaba aquel siniestro drama, dió á luz en el mismo hotel la señora doña Elisa de Rosales un niño, que la madre no conoció porque lo retiraron de su lado, estando

ella desmayada. Un criado del hotel tomó en brazos al hijo de la Espinosa y ambos, niño y sirviente perecieron. Mas el hijo de la de Rosales lo hizo pasar Florencia por el nacido la víspera á la de Espinosa, quien no notó el cambio por haber pasado casi inconsciente las últimas veinticuatro horas. Nadie se apercibió de la sustitución. El niño que se salvó se llamó Julio Espinosa y no sospechaba que era hijo de los Rosales. Esta señora tuvo dos años después un segundo alumbramiento y nació una niña llamada Delfina.

Resumen: Julio Espinosa y Delfina Rosales son hermanos, lo cual no hubiera sido tan desastroso, si otro tercer niño llamado Cupido no se hubiera metido de por medio. En efecto, el hijo de Venus se propuso hacer que Delfina, mi Piccolina, se enamorara de su hermano Julio. ¿Qué habría sucedido si Julio hubiera correspondido al amor de Delfina? No quiero ni pensarlo. Lo cierto es que hoy todo está averiguado. Julio tiene dos padres, el verdadero Rosales, y el putativo don Juan Espinosa, y si no hubiera muerto doña Adelaida de Espinosa tendría también dos madres. Respecto de su nueva hermana, Julio es dichoso de saberlo; pero Delfina, aunque no lo manifiesta, está desesperada y temo que le cueste la vida el combate que se libra en su corazón entre el puro

amor fraternal, que ella no siente, y el ardiente y destructor sentimiento que inspira Cupido.

Como no me debo á nadie y la Piccolina es quizá, ó sin quizá, la persona que más quiero en el mundo, resolví poner de mi parte algo que fuera útil á Delfina, y allá va la bomba ó colmo de este asunto. Me presenté como candidato á la mano de la desgraciada víctima de dos amores. Primero tratamos esto en tono de broma; pero de broma en broma, entiendo que seremos pronto marido y mujer, la Piccolina y yo. Es cosa que verdaderamente causa pena, el espectáculo de mi querida Delfina. Los esfuerzos que hace para ocultar su incestuoso amor matan á esa criatura. Ahora paso á ponerle al corriente de mi última conferencia con ella, y que tuvo por resultado, la resolución de que nos casaremos lo más pronto posible.

Cuando calculé que la Piccolina había reflexionado lo bastante para seguir valerosamente el camino de la resignación, me presenté en su salón, y todo quedó arreglado del modo que sigue:

—Al ofrecerle mi mano y mi fortuna, Piccolina, no pretendo ser amado por usted solícito sí, el sereno cariño de la amistad. No quisiera afligirla diciéndole que he adivinado el hondo abismo donde ha sido arrastrado su corazón. Usted ama á Julio, su hermano. Ese amor fue



legítimo antes que Ud. supiera los vínculos que la ligan con Espinosa; mas hoy usted sufre horriblemente y tiembla de ser adivinada.

Eso es decirle que conozco el terreno que pretendo cultivar. Quiero ser el bálsamo de esa incurable herida. Me propongo distraerla y ser el apoyo y báculo en su excursión por el Calvario que la espera. ¿Me comprende Delfina?

—De tal modo comprendo el inmenso, el sublime sacrificio que Ud. hace por mí, que no le ocultaré mi gratitud, y para su recompensa, sepa que es el único sér capaz de salvarme de la desesperación. Mas ya que usted todo lo deja á mi voluntad, voy á manifestarle mis deseos. Seré su esposa, y Ud. debe pensar cuan bien guardado estará su honor y su amor propio. Como yo soy rica y usted lo es inmensamente, tan luego como el sacerdote haya bendecido nuestra unión, partiremos para el Asia; atravesaremos los desiertos de Africa é invernaremos entre los hielos del polo Norte. Viviremos de los contrastes de la naturaleza y de los hombres. No estaremos ni una semana entera en lugar alguno de la tierra. Pediremos al velocípedo, al vapor y á la electricidad sus alas, y confiaremos nuestras personas á los globos que recorren, sobre las nubes, las espaciosas y solitarias regiones del Aguila y del Cóndor. Cambiaremos la góndola de Venecia por el ca-

lluco de junco de los hijos del Celeste imperio. Después que hayamos recorrido las soledades sembradas de cadáveres de la Siberia, volveremos á París, la capital de las ciencias, de las artes y de la gracia. No nos detendremos ni pararemos en parte alguna. Cazaremos los elefantes en la India y las panteras en Bengala; pero sin privarnos de las grandes luchas de las fuerzas organizadas de la Europa. Allí donde el cañón se lleva la vida de los hombres, y la sangre corre á torrentes para satisfacer la locura humana, estaremos presentes, de modo que lo grande, lo terrible y tenebroso haga palidecer y calme los latidos de mi corazón. ¿Me comprendes Rakoski?

—Demasiado Delfina. Yo también gozaré colocándome en medio de las tempestades de la tierra, y la suave imagen de mi Piccolina. Soy muy rico; si con millones de monedas de oro pudiera devolver la calma á su corazón, Delfina, todavía quedarían sacos de libras esterlinas sobrantes. Es más fácil recorrer la provincia de Guanacaste, que dar una vuelta á mis dominios territoriales. Más de treinta mil personas viven de mis rentas y cultivan mis llanuras, y los valles, las colinas y montañas de mi herencia. Cuando se haya usted cansado de los contrastes, iremos á pasar nuestros últimos días en medio de millares de buenas gentes,

nacerán, respirarán y morirán contentos y felices, protegidos por la Piccolina y su marido.....

A un tiempo nos paramos, Delfina y yo, y nos estrechamos las manos en señal de que nos habíamos comprendido.

Ya véis Ana, que no es del todo trágica la situación, sobre todo para mí. Mientras tanto Julio Espinosa sigue cultivando el angelical corazón de doña Inés, y Roberto Delgado la altiva y delicada beldad que no ha podido doblegar la pobreza y la desgracia: Elena Escoto. Procuraremos que en un sólo día se verifiquen esas cuatro soluciones de misteriosos problemas.

Pronto recibirás una nueva carta, que será la continuación de la presente.—*Lorenzo Rakoski.*

## XXV

*Señorita Elena Escoto.—San José.*

Te escribo para sentirme vivir, por que la tierra donde tú no estás se convierte para mí en desierto sin agua y sin luz. ¡¡El mar!! Desde ayer estoy en Puntarenas mirando el mar escuchando sus bramidos y aspirando sus frescas brisas. Para que esas bellezas naturales me impresionen, debo asociarlas á tu persona. Para

remediar en algo el mal de tu ausencia, he colocado tu retrato frente al escritorio y mi corazón cerca del tuyo. Ahora sí siento que mi sangre circula, y al contemplar el grande Océano, gozo de su grandeza porque tu imagen me la revela. Allá en el fondo del golfo distingo apenas un velero botecillo, que parece un pájaro marino, al sorprender un pez y recorrer tras él, la superficie de las aguas. ¡Si vendrá embarcada allí la persona que yo espero, y que es causa de este viaje que me aleja de mi Elena! Pero mi gratitud para un benefactor como Rakoski me obliga á aceptar esta misión, que nada tiene de desagradable más que tu ausencia. Recordarás que de Guatemala viene por tierra una legación Francesa. Según parece el Ministro es íntimo amigo de Rakoski, y me ha encargado que venga á recibirlo aquí, preparándole alojamiento, cabalgaduras, etc., etc. Dichosamente para mí, tengo en este puerto muy buenos amigos que me ayudarán.

El botecillo se acerca y ya distingo la forma de sus velas. Mientras llega conversemos Elena mía, porque ¿ya puedo llamarte mía, no es verdad?—Tu carácter, tan serio y reservado, me aflige á veces, porque atribuyo tu severidad á indiferencia; pero cuando reflexiono en los motivos que te han convertido en una severa y pesimista juzgadora de los hombres y

de las cosas, me conformo y más bien te compadezco, pues antes, cuando eras una jovencita rica, dichosa y rodeada de ilusiones, tu genio era otro. Todo lo veías á través de esa situación fácil y feliz, y tenías fe en la virtud y en la justicia de la sociedad. Cuando tu familia, víctima de miserables usureros y empresarios de desgracias, se hizo cargo de la pequeñez y rastreras intenciones de las mayorías, te puso en el caso de apurar el cáliz amargo de la humillación y de la falta de recursos; un nuevo mundo se presentó á tu existencia; y ese mundo pesa y pesará siempre sobre tu cerebro — Otra cosa es tu corazón, pues quien sabe amar, como tu amas á tus padres, á tus hermanos y..... á este pretensioso mendigo de tu cariño, aún no ha perdido la fe ni la esperanza en la felicidad.

Suspendí esta carta para recibir á un amigo; á uno de esos seres que debían llamarse *cronómetros* de la amistad porque son tan fijas sus afecciones, y tan inalterables como esos instrumentos de precisión. Llámase don Juan Félix Bonilla, ese *fénix* de la amistad. ¡¡Si conocieras á ese sujeto, te reconciliarías con la humanidad!! Figúrate la verdad, la sinceridad y el buen sentido personificado, y todo lo encontrarás en ese hombre, que jamás á adulado á nadie; y que es víctima de sus revelantes

cualidades. Ese hombre, si tú lo trataras quedarías satisfecha y recobrarías la fe perdida.....

Pero..... el bote se acerca ya pueden percibirse los pasajeros. Voy al muelle del Estero á saber lo que ocurra y continuaré esta ya bastante larga carta.

Estoy de vuelta. ¿Sabes lo que contenía la embarcación que tantas esperanzas me había inspirado?...—Pues simple y llanamente un cargamento de plátanos y cocos de la Isla de Chira. ¡Adiós mis creencias en la buena fortuna!... Continuaré esperando, ó más bien desesperando! ¡Adiós mi primero y único amor! Escíbeme, y repíteme que me quieres y que jamás dejarás de quererme. ¡¡Sabes que se presta á la reflexión y al desencanto esa manía que tenemos los enamorados de hacer repetir al ser amado su profesión de fe!—En primer lugar, de nada serviría la intención y la resolución más firme de amar, cuando ya no se tiene amor, pues el hijo de Venus, no se vende ni se alquila, ni se presta á transacciones. Cuando se ha dejado de amar, todo esfuerzo es inútil. Un ejército en derrota pudiera, si es dirigido por un César ó un Napoleón, volver sobre sus pasos y convertir en ataque la fuga; pero, contener un amor que se va, que se aleja ó se escapa, eso todavía no se conoce el modo de conseguirlo. Se va porque se va; se aleja

porque se aleja y..... se extingue porque..... ya no existe. Eso quiere decir, que son vanos y sin resultado alguno los juramentos, las protestas acompañadas de lágrimas ó de risas, y sucede con el amor lo mismo que con la inteligencia; el que la tiene, la tiene; el que carece de ella, morirá en gracia de Dios; pero en desgracia de todos.

Adiós mi Elena; no me digas que siempre me amarás; prefiero que anticipes la fecha de nuestra unión. Eso es más práctico y efectivo, pues las fechas no se escapan ni se olvidan como los amores.—Tuyo.—*Roberto.*

## XXVI

Parecía que la suerte, cansada de molestar á nuestros amigos había aflojado, y se decidía á tratarlos con más consideraciones; mas no fue así, don Jorge Rosales, padre de Julio y Delfina, fue atacado de una pulmonía fulminante, y se unió con su esposa, que lo había precedido en la muerte hacía algunos años. Este desgraciado suceso retardó la celebración de los cuatro matrimonios, ya arreglados, según recordarán nuestros lectores.

¿Por qué esperaba Rakoski con tanto interés la Legación Francesa? Aunque á nadie

confió ese secreto el reservado Polaco, nosotros, con el privilegio que tiene todo novelista, de adivinar lo presente y lo futuro, diremos, que además de ser el ministro esperado amigo de Rakoski, era nada menos que el marido de la que fue Mademoiselle de Roqueval la compañera de pensión é íntima amiga de Delfina. Mr. Robineau, había sido promovido, del consulado general de Bucharest á la secretaría de la legación de Centro América, y por muerte del que desempeñaba ese cargo, había ascendido á Ministro residente. En el último viaje que hizo á Francia, fue visitado por Mademoiselle Roqueval, que iba á pedirle noticias de Delfina, creyendo que él residía en San José. Lo cierto es que Mr. Robineau se prendó de su gracia y exquisita distinción. Ella también de Robineau, parte porque simpatizó con el diplomático, y más que todo porque esa situación le proporcionaba la ocasión de venir á América y volver á ver á su inolvidable amiga Delfina, y además, porque con rarísimas excepciones, la hija de Eva que pasa y sobrevive á la treintena, no es muy difícil de contentar, y acepta de lo peor lo que no lo es tanto, y de lo malo lo mejor.

Benedictis, el espléndido hotelero, el simpático y robusto hijo de Italia, y á quien pertenece el honor de haber elevado nuestro sistema de hoteles á un grado desconocido en el



resto de Centro América; Benedictis, decíamos, alojó en su hotel á la Legación Francesa.

Imposible sería describir la escena y las diversas impresiones sentidas por Delfina y Madame Robineau al encontrarse por primera vez, sin que aquella tuviera la más ligera noticia del enlace de su amiga, y mucho menos de su venida á América. Sólo sí debemos manifestar que Rakoski, que presenció la entrevista de las dos amigas, tuvo un terrible presentimiento, al observar, que después de los besos y abrazos regados de algunas lágrimas de placer, una risa extemporánea é inmotivada de Delfina, vino á interrumpir la general alegría.

## XXVII

A las cuatro y media de la mañana, á esa hora en que todos duermen y olvidan sus penas y sus cuidados, un espantoso sacudimiento de la tierra, despertó á los más pesados, como á los más ligeros dormidores, saliendo algunos á la calle en paños menores y otros cubiertos de los más disparatados y extraordinarios vestidos. No faltó algún caballero que echara mano del traje de la señora, ni alguna dama que hiciera uso del sobretodo de su marido; más todavía, hubo algunas timoratas que no echaron

mano de nada y á falta de la hoja de higuera tradicional, cubriera su desnudez con la sola oscuridad de la noche. Puede figurarse el lector, el terrible trance que ese terremoto fué para Mr. y Mme. Robineau, que dormían en un cuarto del piso alto, y que buscando la calle se encontraron la salida cerrada por un piano que se había volcado y obstruía la puerta.

Como la casa-palacio de Rosales era construída en previsión de esos sacudimientos séismicos, un criado de Delfina vino á invitarlos para que concluyeran la noche en su segura morada. En efecto; solo las casas construídas sobre un marco, en forma de jaulas de pájaros, prestan completa seguridad. Esas casas pueden moverse, y aún variar de situación en el terreno, pero nunca caen ni sucede otra cosa con ellas, que lo que acontece con una jaula ó una mesa sólida que se mueve sin destruirse.

En esta vez, Rakoski se affigió seriamente, al notar cierto placer en el semblante de Delfina, cuando á su presencia se relataban las desgracias y desperfectos causados por el terremoto.

Puk, que aún habitaba con su amo en el Hotel Francés de Vigne, no pareció en toda la noche. Cuando el sol alumbró la ciudad medio arruinada, se podía percibir una figura humana sobre el tejado ó techo del hotel. Averigua-

do el hecho, resultó que Puk, haciendo uso de su criterio práctico, liso y llano, cuando comprendió que aquella cólera volcánica, no le daría tiempo de bajar la escala y atravesar tres ó cuatro cuartos antes de salir á la plazuela de la Merced, resolvió, que en vez de bajar, lo más sano era subir al techo del hotel. De ese modo, en caso de caer algo, sería él quien caería sobre el hotel y no el edificio sobre él.

Pero el efecto más palpable del temblor fué la resolución de Rakoski, de apresurar su enlace y salir de un país tan agradable cuando está quieto y tan peligroso cuando se mueve.

Después de varias conferencias fué decidido, que el treinta de Abril se celebrarían á una misma hora los contratos matrimoniales de las cuatro parejas que el amor había unido, á saber: Julio y Doña Inés; Rakoski y Delfina; Roberto con Elena Escoto; y Puk con Narcisa.

## XXVIII

En una humilde casa, apenas blanqueada con cal, á falta de papel ó pintura, sin alfombras, y la mayor parte de las puertas sin cerraduras; pero muy bien ventilada por carecer de vidrios casi todas las ventanas, en esa triste habitación, decíamos, habitaba Andrés, rodea-

do del cariño de tres hermanas y de la buena y santa matrona que le dió el ser. Y en verdad que era bien digno del cariño de los suyos; pues él es un jefe de familia intachable. Gana noventa pesos mensuales como escribiente de un ministerio, y cada día último del mes, entrega íntegro su exiguo sueldo á su mamá. Las hermanas se visten y ayudan contribuyendo con algunas economías, á los gastos comunes.

Lo inexplicable de ese género de existencias es, ¿como con tan pequeñas entradas ha podido Andrés presentarse en la sociedad, siempre vestido á la última moda, limpio, correcto, y aún al parecer lujoso? El secreto de esa situación se encuentra en el corazón de sus hermanas. El cariño, cuando va acompañado de la gratitud, se eleva en ocasiones á la categoría de pasión. La una, que es habilísima en la aguja, con dos reales compra un pedazo de tela de seda, y con ésa primera materia bruta, le fabrica una elegante y preciosa corbata, que si la hubiera comprado en una tienda le habría costado tres ó cuatro pesos. La otra, á fuerza de buena voluntad y descosiendo un pantalón y un chaleco se ha procurado un molde ó machote con el cual le confecciona todas sus prendas de esa clase; solo la levita, el frac y el chaqué, son pedidos á los sastres; más el pago lo hace en pequeños abonos mensuales. La tercera

hermana maneja los cepillos de ropa y los del calzado con tal empeño y delicado tacto que alarga en mucho la vida regular de los botines y las piezas de lana.

Las cuatro hermanitas conocen el lado flaco de Andrés esto es, su manía de imitación y sus pretensiones á ser considerado al igual de lo más alto y conspicuo de la sociedad. En vano han agotado las amonestaciones, las súplicas y aún las burlas, para combatir las ridículas costumbres del hermano. ¿Conviene ustedes, les dice él, en que ese es mi único defecto?— Pues entonces, no me lo censuren. Sabido es que no hay persona perfecta; si me despojan de mi única imperfección, para dejar de ser humano tendría que adquirir otra, quizás peor, como el juego, el libertinaje, etc. Así procedo yo con ustedes. Tú, X eres devota, y no ataco esa manía. Mi querida Z pasa la noche leyendo novelas, y yo en vez de reproche, le consigo los libros que puedo. Tolerémonos todos y amémonos los unos á los otros. Esas conversaciones concluyen siempre con una buena carcajada de Andrés, y con cariñosas demostraciones de las hermanas, arreglándole los cabellos la una, colocándole la corbata mejor de lo que estaba, ó besándolo en la frente la otra.

¿Andrés ha sentido alguna vez el poder eléctrico del amor?—Sí; muchas veces, según

él cree. De seguro que se enamora de alguna bailarina, corista ó tercera tiple, cada vez que una compañía mala ó buena nos visita. Esos dramas sin desenlace, suelen tener tres actos ó estaciones. En la primera época, Andrés no se da cuenta de lo que le pasa; pero sueña con la actriz, la visita, le ofrece su paraguas, y llega á ofrecerle un bouquet de á dos reales. La segunda estación comprende una temporada de suspiros ahogados, á falta de apetito, y de sobra de calabazas ó desdenes de la ingrata. En el tercero y último acto, Andrés se vuelve misántropo; de la oficina se va sólo á buscar la soledad en las orillas del Torres ó María Aguilar; reflexiona sobre el suicidio..... pero pronto se horroriza de semejante idea, y á la vista de un árbol cubierto de naranjas que lo tienta, traspasa la cerca de alambre, y se receta media docena de las doradas frutas. La compañía se va; Andrés recobra su serenidad habitual, hasta que otra empresa teatral lo hace reincidir en ese círculo vicioso.

Lo que no nos va á creer el lector es que Andrés Cordón ha sido el objeto de un secreto y profundo amor, inspirado á una viuda que había traspasado la cuarentena. Esa fué la época más confortable y feliz de su vida; no porque él sospechara siquiera que la viuda lo quisiera, si no porque la amante y no corres-

pondida viuda, se propuso favorecer al objeto de su pasión. Era rica, y conociendo que Andrés no le aceptaría regalos de dinero, ni aún de otro género, si no era en muy raros casos, como el cumpleaños ó cosa parecida, se le ocurrió el siguiente procedimiento. Su difunto había sido agricultor y comerciante; así es que su viuda guardaba unos catorce grandes libros de inmensa forma, todos cubiertos de cifras, de facturas y de balances. Le propuso á Andrés que le copiara todo ese almacén de antigüedades en nuevos libros que formarían un duplicado completo de ellos. Dos fines tenía el pensamiento; el primero era obligar á Andrés á permanecer el mayor tiempo posible cerca de ella y en su casa, y el segundo, fué el hacerse de un motivo ó pretexto para ofrecerle grandes emolumentos. Cincuenta pesos por semana, y de vez en cuando una lujosa pluma de oro, un tintero monumental, etc., etc. Dos horas cada noche debía ocupar Andrés en esa tarea.

No hay que decir que durante un año y medio que aquella mina triplicaba los recursos de Andrés, su vida fué un dorado sueño. Relojes de oro para las hermanitas, un San Francisco de cuerpo entero, traído de Guatemala para la madre, y vino burdeos en la comida de familia; el paraíso terrenal. Más como no hay dicha que no sea pasajera, todo concluyó una

noche fatal, que fué escogida por la viuda para declarar su amor á Andrés y proponerle que se casaran, asegurándole la propiedad de la mitad de sus bienes. No sabemos como habría recibido Andrés esa proposición si se la hubieran hecho en su estado normal; pero, dichosa ó desgraciadamente, tal buena ó mala fortuna se la ofrecían precisamente cuando éste atravesaba el período álgido de una aventura amorosa con una mejicana que formaba parte de un circo en el cual Liza Bergara montaba potros indómitos con la limpieza y elegancia de la alta escuela. La aventurera Liza tomó á Andrés por un joven rico y se propuso despojarlo, con el procedimiento acostumbrado. Le hizo buena acogida al mísero escribiente, lo miró con acrobática ternura y le hizo gastar en tres semanas todo cuanto había ganado y acumulado en dieciocho meses, y á falta de fondos empeñó los relojes de las hermanas, vendió cuatro sueldos adelantados por la mitad de su valor y ya estaba decidido á pedir á la viuda un préstamo de doscientos pesos, él tan delicado, tan honrado y económico, cuando la viuda vino á complicar aquella escabrosa situación con su proposición de enlace á quemarropa.

Temeroso de ofender á la viuda, le contestó que él reflexionaría sobre el particular y le respondería por escrito al día siguiente. Así lo



verificó en una carta en la que le manifestaba su gratitud por el honor que le brindaba y su negativa de aceptarlo. Tres años de rigurosas economías costó á Andrés la doble aventura con Liza y con la viuda, para cancelar sus deudas y devolver las prendas que había tomado á sus hermanas.

Rakoski, que todo lo sabía por sus agentes, manejados por Puk, cambió su desprecio en una gran compasión por Andrés y su familia, y la víspera del 30 de Abril, día señalado para celebrar los cuatro matrimonios susodichos, Cordón fué llamado por un notario público y quedó agradablemente sorprendido al escuchar lo que sigue, de boca del funcionario cartulario:

—Señor don Andrés Cordón, el señor X y Z aquí presente, expresa haber vendido á usted la finca, cuya descripción es como sigue: (aquí venía la situación, perimetro y calidad de la finca) y consta de un cafetal de veinte manzanas, cinco de potreros y diez de montaña, cubierta de bosques, casa de habitación, máquina de aserrar, etc., etc., por la cantidad de treinta mil pesos que, en moneda corriente ha recibido el vendedor, y en fé de lo cual firman ambos, etc.

—Pero, exclamó Andrés, yo no he comprado á nadie, nada, ni tengo dinero con qué pagar.

—Eso dice usted, contestó el notario, más como aquí quien habla es el vendedor y él asegura que está pagado, esa es una verdad legal. Aquí tiene usted los títulos de la finca y las llaves de la casa; puede entrar inmediatamente en posesión del todo. Andrés, enternecido, y hondamente conmovido con la generosidad de Rakoski, autor de aquel regalo, según se le dijo, lloró de placer y de gratitud, al pensar en su madre y hermanas, que ya estaban al abrigo de la pobreza y de las humillaciones que le son consiguientes.

*El 30 de abril*

## XXIX

Todo tiene un término en la vida. ¡Pobre humanidad si así no fuera! La idea misma de un placer eterno, amargaría ese placer. ¿¿Endremos por fin y por cabo, que profesar la triste doctrina de que el bien no puede existir sin el mal? ¿En qué consiste el bien? En haber sentido el mal y habernos librado de él. ¡Triste filosofía! Pero, á falta de otra más práctica, nos conformaremos con ella.

De las cuatro parejas que deben unirse en este día, dos son la obra del más puro y grande amor, y dos representan una transacción con las exigencias de la vida. Julio Espinosa y doña Inés de Alvarez, y Roberto Del-

gado con Elena Escoto van á satisfacer con esa unión todas sus aspiraciones á la dicha y á la suprema felicidad. Rakoski y Delfina Rosales, y Puk y Narcisa satisfacen, los primeros, una necesidad de consuelo y de amistad; y los segundos buscan la conveniencia y el bienestar.

Era convenido que no habrían invitaciones ni festejos de ningún género, porque la salud de Delfina así lo exigía.

Solamente Mr. y Mme. Robineau, Andrés Córdón y el señor Obispo oficiante, asistirían además de los deudos y sirvientes.

Las cuatro parejas, escuchaban las exhortaciones del Diocesano. Todo pasó sin novedad. Pero, al preguntarles á las mujeres si recibían por esposos y maridos á los varones, Delfina con un acento que hubiera conmovido al más duro corazón, comenzó á cantar en voz suave y tan triste que manaba lágrimas, una vieja balada cuyas palabras no recordamos; pero cuya sustancia era como sigue: «Lo ví pasar en brioso corcel..... y me juraba eterno amor.... y yo mentía al estrechar contra mi pecho el hermano de Delfina.....» La consternación de los concurrentes no puede describirse. El acto de contrato sacramental se había verificado, menos en lo que se refiere á Rakoski y Delfina. Todos se apresuraron á rodear á la pobre loca, pues es preciso llamar las cosas por su nombre. Del-

fina había perdido el juicio y esa clase de demencia es incurable.

Los otros tres matrimonios se retiraron á sus habitaciones y en casa de Rosales solo quedó la interesante loca y el desesperado polaco.

Se trataba de ensayar la curación de la la desgraciada Piccolina, cuidándola en el Hospital de Locos de San José, mas la familia y Rakoski resolvieron llevarla á Europa en busca de los especialistas. Así fue resuelto. Mme. Robineau, ó sea la excelente amiga que fue Mademoiselle Roqueval, se prestó á acompañar á la enferma hasta París. A fines de mayo zarpó el vapor *Don* de la Mala Real, llevando á su bordo á Delfina, Rakoski, Mme. Robineau, Andrés Cordón y los fieles criados Puk y Narcisa.

## EPÍLOGO

Diez años han transcurrido después de las tristes escenas que hemos relatado.

Julio Espinosa y su virtuosa señora doña Inés viajan por Europa, en compañía de dos niños, fruto de su acendrado cariño. Roberto Delgado, á la cabeza de una grande empresa de exportación de bananos, se enriquece cada día más y más. Habita una confortable *villa* ó casa de dos pisos en la línea vieja, entre los

Guápiles y Jiménez y ellos mismos educan tres bambinos, dos varones y una niña, que con sus juegos y sus estudios embellecen la vida de los padres.

Puk y Narcisa sirven á Rakoski en París.

El buen Polaco ha logrado que los mejores alienistas examinen á su Piccolina. Mas el diagnóstico ha sido fatal. No volverá el juicio y la razón al cerebro desquiciado de Delfina, y Rakoski agota los recursos de la ciencia y del arte para dulcificar la tenebrosa existencia de su prometida esposa.

En previsión de una catástrofe, Rakoski ha hecho su testamento dejando sus cuantiosos bienes á la Municipalidad de San José, con cargo de servir una renta de mil pesos mensuales á Delgado, cien duros en oro á su fiel criado Puk y trescientos mil pesos para fundar un hospital donde acaben tranquilamente sus días los ancianos de ambos sexos que carezcan de recursos.

En el Teatro nuevo, el día que se representó la ópera de *Los Hugonotes*, un observador desocupado hubiera podido notar en el Foyer á un elegante caballero que se paseaba dando el brazo á una bellísima mujer; de vez en cuando se detenían para contemplar un pequeño cuadro colocado en el fondo de su abanico. Los paseantes eran Roberto Delgado y su

encantadora esposa Elena Escoto, y el contenido del abanico los retratos de Rakoski y Delfina, sus protectores.

Y aquí concluye esta ya demasiado larga historia de una de tantas misteriosas combinaciones del destino.

No es sólo en las grandes ciudades en donde germinan esos dramas tenebrosos y donde se ocultan esos insondables misterios productores de sufrimientos y desgracias. Allí donde respiren juntos dos seres humanos de diferente sexo, habrá suficiente material para confeccionar desventuras é inverosímiles sorpresas suministradas por la fuerza ciega de la fatalidad ó.....de la naturaleza.

FIN.

# ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
DEDICATORIA. . . . .	5
La Sonámbula de Pirro . . . . .	7
La loca de la Avenida Central . . . . .	19
La fiebre amarilla. . . . .	23
La llorona . . . . .	31
Un abogado fin de siglo. . . . .	35
El prusiano de San Antonio. . . . .	39
Margarita (novela histórica). . . . .	45
La Serenata de Shubert (cuento alemán). . . . .	61
Elisa Delmar (novela histórica). . . . .	65
Adelina Patti (en 1859). . . . .	91
Los cuatro hijos de Ambrosio . . . . .	97
Quince días en Holanda . . . . .	105
Tres semanas en Venecia . . . . .	117
El primer Colegio . . . . .	131
Terranova y los Bajos . . . . .	141
La Trinchera (novela histórica). . . . .	159
Los Bienaventurados . . . . .	203
Misterio (escenas de la vida en Costa Rica). . . . .	207

---